
D
DETECTIVE
Geo Dugan
BARCO DE BRUJAS

Austin Camden, ojos cerrados, presionó con el pulgar derecho el resalte que en su reloj pulsera acallaba el tintineo del despertador.

Las siete y quince minutos. Se colocó el batín, y fue a abrir del todo la ventana. Regresó a la mesita de noche, y cogió el frasquito instilador del antiséptico nasal.

Tres gotitas en cada fosa nasal. Cogió el segundo frasquito y sin necesidad de mirarse al espejo, dejó caer en el cuentagotas dos, en cada órbita. Un colirio blanco con vitamina «A» excelente para la claridad de la visión.



Geo Dugan

Barco de brujas

Detective - 34

ePub r1.0
LDS 01.06.18

Título original: *a passenger called death*
There's
Geo Dugan, 1953
Traducción: Pedro Martín
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2




Barco de Brujas
por GEO DUGAN
D
DETECTIVE

CAPÍTULO PRIMERO

Austin Camden, ojos cerrados, presionó con el pulgar derecho el resalte que en su reloj pulsera acallaba el tintineo del despertador.

Las siete y quince minutos. Se colocó el batín, y fue a abrir del todo la ventana. Regresó a la mesita de noche, y cogió el frasquito instilador del antiséptico nasal.

Tres gotitas en cada fosa nasal. Cogió el segundo frasquito y sin necesidad de mirarse al espejo, dejó caer en el cuentagotas dos, en cada órbita. Un colirio blanco con vitamina «A» excelente para la claridad de la visión.

Se quitó el batín, y delante de la ventana abierta, que en aquel ático, permitía contemplar el hermoso panorama de Seattle, empezó la serie de ejercicios gimnásticos del método Müller.

A las siete y treinta, en el cuarto de baño, deslizó la maquinilla eléctrica por su barba, verificando a la vez los enjuagues bucales.

A las ocho menos veinte, el chorro de agua fría azotó su enjuto cuerpo fibroso. Lo secó con guante de crin empapado en alcohol, y con repetidas inclinaciones y contorsiones, según el método Strongfort.

Dos minutos de cepillado capilar, previo masaje con las yemas de los dedos, y a las ocho en punto, vestido y vigorizado, penetraba en la cocina, preparándose el desayuno: jugo de naranjas, dos huevos pasados por agua, café con leche, y tostadas con mantequilla y mermelada.

A las ocho y quince, sin mirar su reloj pulsera, cogió su abrigo.

A las ocho y veintisiete, controló Camden el reloj del torreón de la iglesia anabaptista. Le complacía la cronométrica exactitud de su calendógrafo, despertador, insumergible y a prueba de choques.

Un reloj de mucho precio, «regalo de la casa». El oro del reverso

en la caja, tenía escrito:

«Simbolizando la ejemplaridad».

Era grato haber sabido organizarse con matemática precisión. Producía ventajas tanto material como espiritualmente. A los treinta y ocho años, representaba apenas treinta.

Una mente clara, un cuerpo ágil, y el aprecio de todos sus conciudadanos, porque no tenía el menor vicio.

Tenía el prurito de ser imparcial, y le gustaba reconocer que el genio caprichoso y arbitrario de su difunto padre, el irlandés fantasioso, le había proporcionado aquel magnífico empleo.

Jefe de corresponsalía en la empresa de exportación e importación maderera
«Wilcott & Smith»,
gracias a sus perfectos conocimientos de francés, alemán y español.

Un capricho de Patrick Camden, que decidió para su hijo un porvenir de grandezas, imaginándolo embajador, aun antes de haberle visto ingresar en la escuela consular.

Murió de congestión, cuando Austin tenía quince años, y la señora Camden, menos imaginativa, hizo matricularse a Austin en la escuela de Comercio.

A los veintiún años, Austin Camden ingresaba como escribiente en la sucursal canadiense de la
«Wilcott & Smith».
Cinco años de estudio práctico del negocio maderero.

Y su regularidad cronométrica le fué valiendo el aprecio de la gerencia, hasta que a los treinta años, era ascendido a jefe de corresponsalía.

Un cargo de responsabilidad, que requería iniciativa. Saber discriminar entre ofertas interesantes, y las que no valían la pérdida de tiempo de la sección correspondiente.

Aquella mañana, como todas, salvo el domingo y las quince de vacaciones anuales, Austin Camden comprobó al entrar en su despacho que los lápices estaban bien alineados, y cada objeto en su sitio, tal como la víspera, al cerrar armarios, archivos y cajones, los dejó.

A las diez, su secretaria, trajo la carpeta clasificadora donde el correo quedaba separado por categoría. Abiertas las circulares y sin

importancia, así como todas las procedentes de los Estados.

Cerradas las extranjeras. Era correo confidencial, cuya apertura y estudio pertenecía exclusivamente a Camden.

La secretaria se retiró llevándose otra carpeta, ya revistada por Camden.

Arqueó Camden una ceja, molesto. Una arenilla en el engranaje. Una carta con sello del estado de Washington, estaba sin abrir.

Le molestaba tener que reprochar descuidos, pero lo hacía con enérgica precisión. Una empresa debía sus éxitos…

Se interrumpió en sus mentales recriminaciones.

Y respiró aliviado. Su secretaria seguía siendo eficiente.

La carta no abierta, contenía en letra muy pequeña, una mención, escrita con la misma caligrafía de la dirección.

«Estrictamente personal».

Al primer vistazo parecía pertenecer a la dirección.

«Sr. D. Elmer Smith.
»Wilcott & Smith».

«SEATTLE (WSH)».

Era su obligación anotar marginalmente las repuestas más adecuadas a las cartas, por más estrictamente confidenciales que fueran.

Insertó el cortapapeles y desdobló la hoja, que exhalaba un leve aroma a violetas. Una caligrafía femenina.

No tenía ni fecha ni firma.

«Es imposible seguir soportando el abandono en que me tienes, y yo no soy mujer con la que se juega, Elmer Smith. No me asustó tu amenaza de matarme…».

Austin Camden se levantó, para dar un paseo a lo largo del

despachó. ¿Hasta qué punto su responsabilidad de jefe corresponsal le autorizaba a seguir inmiscuyéndose en el anónimo dirigido a Elmer Smith, segundo gerente y copropietario de la empresa?

Era un caso de conciencia. Recordó cuando otro anónimo dirigido al joven Wilcott, demostró que éste jugaba a las carreras de caballos, hundiéndose en el abismo de las deudas. Fué salvado.

Regresó a la mesa, recogiendo el infame libelo. No tenía firma, y por tanto carecía de solvencia.

> «… de matarme, porque eres un hipócrita respetuoso con los convencionalismos, y por esto mismo, si no te divorcias…».

Asqueado, Austin Camden, por unos instantes, fué incapaz de seguir leyendo. ¿Divorciarse un hombre íntegro y honorable como Elmer Smith? Era un atentado al buen orden de la ciudad, suponer tan sólo, que el señor Smith de
«Wilcott & Smith»,
pudiera sostener relaciones ilícitas.

> «… si no te divorcias, proclamaré tu doblez, tu íntima falsedad. Esperaré dos días tu decisión, y no quiero protestas de amor ni promesas vanas. Has de divorciarte, y cuando yo sepa que has iniciado los trámites para hacerlo, todo volverá a ser como ha sido entre nosotros dos: la pasión arrebatadora que nos ha unido en un lazo indestructible, debe ser legitimada, y te hago saber que si vuelves a ofrecerme dinero, acudiré con tus cartas a un abogado y a los periódicos. Estoy dispuesta a luchar como sea, para no perderte».

No había más.

Austin Camden se sentó, en alto el lápiz con que subrayaba las palabras dignas de sobresalir en cualquier oferta comercial.

Pero no sabía dónde subrayar, en aquella inmunda carta anónima, donde se aludía a «pasión», a «divorcio», a «doblez»,

conceptos completamente tachados de su código habitual.

Escribió a pluma, al margen:

> «Un inmundo anónimo, debido sin género de dudas a una mentalidad extraviada. Sugiero se investigue su procedencia, obrando con mano dura contra el autor o autora».

Y respiró tranquilizado. Las demás cartas eran honestas, prácticamente sanas, aunque con el natural intento de obtener beneficiosas operaciones con la
«Wilcott & Smith».

A las doce y media, cuando se disponía a salir, comprobada la matemática alineación de objetos, y el cierre de armarios, archivos y cajones, asomó su secretaria:

—El señor Elmer le invita a pasar por su despacho, señor.

—Voy al instante, Mary.

Elmer Smith, pulcro y sonrosado, claros los azules ojos tras el cristal de los lentes, señaló una silla a Camden.

—Estará usted contento, Camden.

—Muy agradecido, señor. Es la mejor recompensa para un empleado saber que mientras cumpla, la casa le cubre los riesgos y responsabilidades.

Elmer Smith asentía mientras fingía buscar en una carpeta. Extrajo la carta anónima.

—Muy acertada su sugerencia, Camden. De ahora en adelante, cualquier carta que llegue con la mención «personal» para cualquier miembro de la casa, pásela a mi poder, sin abrir. He de entregarlas al abogado de la casa, que sabrá terminar con esta inmunda campaña. Hay un fondo de política, ¿sabe, amigo mío? No ignora que van a elegirme concejal, y hay seres envidiosos, capaces de acciones indignas de un ciudadano decente.

—Sí, señor. Y hago votos para que sea pronto castigada la autora de esta carta.

—¿Cómo sabe que es una mujer?

—La caligrafía, el perfume, el estilo…

—Es usted un excelente empleado, Camden, pero no se moleste

si le digo que su ingenuidad es simpática.

La sonrisa de Elmer Smith, dulcificó su semblante sonrosado.

—Comprendo, señor. Sus rivales políticos, la parte no sana de la ciudad, están valiéndose de falsificaciones y ofensivas invenciones, para intentar lo imposible, como es, desacreditarle.

—Así es, amigo mío. Bien, no le retengo más. Ah, por cierto, tengo entendido que mi hermano quiere verle esta tarde, a propósito de la oferta de la compañía belga del Paraguay.

—Una excelente proposición, señor, Una oportunidad de las que se presentan sólo muy de tiempo en tiempo.

—Hasta la vista, amigo mío.

En la calle, Camden caminaba con paso más rápido. Estaba retrasado sobre su horario, cinco minutos. Pero tenía una euforia optimista.

El señor Elmer Smith, poco pródigo en sonrisas y amistosos calificativos, le había llamado tres veces «amigo mío».

Por su habitual camino del mediodía, recorriendo la margen derecha del lago Washington, en la espaciosa avenida Puget Sound, se recreó como siempre en el panorama.

No había en todo el mundo una ciudad tan limpia, tan sana, tan ordenada como Seattle. Aquel aire siempre fresco, cortante, vigorizador, aromatizado por las nieves del Monte Rainer, era una delicia higiénica.

Se detuvo asombrado, quitándose el sombrero.

—Buenos días, señor Camden. ¿Puedo hablar unos instantes con usted?

Una señora sin equívocos, aunque le interpelara en plena calle, siendo desconocida para él. Joven, alta, vestida con distinción, y que acababa de bajar de un coche dos plazas.

—Buenos días, señora. ¿A quién tengo el honor…?

—No quisiera que me vieran hablando con usted. Le ruego me permita hablarle en mi coche.

Se dirigía ella ya hacia el «Vanguarda», penetrando en su interior.

—Entre, señor Camden.

—Tengo que hacerle constar respetuosamente, señora, que no habiendo sido presentados, y por otra parte, debiendo regresar a las dos al trabajo, no puedo…

—Seré breve, Camden. Usted esta mañana ha leído una carta sin firma.

Austin Camden, escandalizado, frunció la nariz. Un leve aroma de violetas se desprendía de aquella mujer…

—Buenos días, señora.

Se alejó acera adelante. Estaba acalorado, sintiendo en sus venas, latidos anormales. ¡Atreverse una desconocida a citar un asunto privado, propiedad de la casa!

Se detuvo, pálido de indignación. La mujer acababa de tocarle en el brazo, colocándose a su lado.

—Usted goza de la confianza de Elmer Smith, y por esto mismo, en bien de la empresa donde trabaja, usted ha de oírme.

—Le hago saber, señora, que si no cesa en esta mortificante actitud, me obligará a tomar una medida poco galante, como lo será invitarla a hablar en presencia del más próximo guardia. Felizmente en esta ciudad, contra el chantaje, la calumnia y el soborno, existen leyes severas. No quiero inmiscuirme en asuntos que son de la exclusiva pertenencia del señor Smith.

—Yo sabía que usted leería mi anónimo. He conseguido así un testigo para el porvenir. Tal vez le citen a declarar, señor Camden. Yo quería ganarme su comprensión, pero he sido muy ilusa, al creer que un mecanismo como usted, un hombre que vive como un reloj, pueda ser capaz de entender los conflictos sentimentales ajenos. Adiós, señor Camden.

—Siga usted bien, señora —saludó secamente Camden, quitándose el sombrero.

En el recorrido que faltaba para llegar al restaurante volvió a serenarse.

A las dos y treinta, de nuevo en la oficina, abría por el orden reglamentario los diversos muebles auxiliares.

Se enfrascó en la traducción de varias cartas procedentes de Centroamérica, y cuando estaba anotando marginalmente el pedido de unos astilleros franceses, sonó el timbre de llamada, procedente del despacho de William Smith.

Recogió la carpeta, en cuya pestaña había escrito:

«VILLARICA. Cía. Ribaud».

William Smith tenía la pulcritud sin rubicundez de su hermano.

Señaló los folios cosidos, cuya copia llevaba Camden en su carpeta.

—Un estudio magnífico de la situación, Camden. Ha resumido usted perfectamente la conveniencia de obtener el contrato con la compañía Ribaud, del Paraguay, pero la magnitud de la operación y su envergadura financiera, exigen la garantía estatal. Es preciso obtener la cesión por el mayor plazo posible, del Ministerio de Comercio del gobierno paraguayo.

—Sí, señor. Es un factor esencial.

—Que no resolveremos por correspondencia.

—Me he permitido sugerir la colaboración del agregado consular en Asunción, señor.

—Intervendría blandamente, sin convicción, puesto que no está interesado en el auge de nuestra firma, Camden. Mi hermano y los Wilcott, en la reciente reunión que hemos sostenido para tratar de este importante asunto, han sugerido que sólo hay un hombre capacitado para representarnos y obtener las dos firmas legalizadas en Villarica y Asunción. Un hombre conocedor del negocio maderero, que estudie visualmente la buena condición de las factorías Ribaud, Usted domina como un nativo el español y el francés. Es sagaz, sereno y decidida. Usted irá a Villarica, Camden.

Austin Camden asintió. En otra ocasión había ya verificado un viaje a Quebec…

—He de anunciarle una gran noticia, Camden. En este contrato con la Ribaud existen factores que nos hacen temer la posible competencia, ya que han hecho ofertas a dos compañías más: una de Nueva York y otra de Chicago. Tenemos opción y prioridad, pero hay que contar con posibles injerencias de funcionarios nativos, allá en Asunción. Ya conoce usted el paño. La compañía «Sunward», de Nueva York, o la «Flick Lloyd» de Chicago, pueden intentar ganarse a algún funcionario del Ministerio de Comercio paraguayo, sin cuya aquiescencia, no es firme el contrato, ya que nos pondrían futuros impedimentos en el envío de las maderas. Usted es el hombre más indicado para resolver cuanto antes y llevándolo a buen puerto, el contrato con la Ribaud. ¿Está dispuesto a tomar el avión mañana?

—Sí, señor.

—Gracias, Camden. Le sustituirá accidentalmente en su negociado Sparkle. Desde este mismo instante, debe concentrar toda su atención en la obtención de las dos firmas: la compañía Ribaud,

y la del secretario de Comercio paraguayo. Hemos pensado que le podría ser de ayuda en el barco que le transportará desde Luján a Villarica, un prospector maderero, conocedor de la región. Nuestro corresponsal Norberto Peña. Le esperará en Luján, en el barco de matrícula belga, que remonta el Panamá, zarpando pasado mañana de Lujan. Tendremos los visados pertinentes hacia las seis de esta tarde. Le hemos reservado pasaje para el avión de las nueve en Vancouver, mañana por la mañana. La gran noticia que tenía que participarle, es que el consejo de administración ha decidido premiar su éxito futuro, concediéndole un porcentaje del uno y medio por cien en todas las operaciones futuras que realicemos con la compañía Ribaud.

Austin Camden sonrió extasiado. Era como si le nombrasen socio de la casa… Un éxito que colmaba sus mayores aspiraciones.

—No sé cómo agradecerles tanta bondad, señor…

—La probidad y dedicación completa a nuestra casa, han de ser recompensadas. Y no eche en olvido que todavía no percibe este uno y medio por cien. Hay muchos obstáculos por vencer, pero sé que usted los vencerá. Nada más, Camden. No volveremos a vernos hasta su regreso. Tiene carta blanca, y mis felicitaciones por su responsabilidad. Buenas tardes, Camden, y pronto regreso.

CAPÍTULO II

Al salir del restorán donde acababa de cenar, Austin Camden anduvo unos pasos, molesto. Desde el coche que esperaba, una voz femenina llamó:

—¡Austin!

Le era imposible disimular ya. Y entró en el coche, donde al volante Ada Templeton, huérfana, rica y bonitamente intelectual, dijo:

—He sabido que emprendes un viaje que puede ser peligroso, Austin. Puedo dejarte en tu domicilio de solterón, dando primero una vuelta por la carretera del lago, porque quiero hablarte.

—Es tarde, y tengo que preparar mi equipaje.

—Me oirás, quieras o no, hombre frío y metódico —sonrió ella a la par que pisaba el acelerador.

—¿Lo consideras necesario, Ada?

—Perentorio y… humillante para mí. No hay razón para que te encierres en tu egoísmo de solterón empedernido.

—Tienes veinticuatro años, Ada, y has sido siempre una consentida. No está bien lo que haces ahora.

—¿Tienes sangre en las venas, Austin? ¿Sabes lo que es amor?

—Tengo una presión arterial excelente, y… temo al amor. Estoy hablando yo, Ada. Si ha de halagarte, puedes oírlo. Te quiero desde que con tus dieciocho años, y al ser presentados, me dijiste que soñabas conmigo porque yo era el hombre ideal. Serías una magnífica esposa, pero… la pasión hay que vencerla. He luchado contra esto… porque cada vez que nos hemos visto… he tenido que decirte lo mismo.

—¡Repítelo ahora! —exigió ella, deteniendo el coche, bajo la propicia penumbra del cobertizo junto a la carretera.

—Lo repito, Ada. Si yo no fuera un empleado, si por ejemplo fuera un asociado en la casa donde trabajo, entonces me arriesgaría a quererte.

—Pero… en este viaje, si logras el éxito, serás asociado… Lo sé. ¿Qué riesgo hay en que te cases conmigo?

Y riendo nerviosamente, añadió ella:

—He tenido suspirantes a montones. Me voy haciendo vieja, Austin. Y sólo te quiero a ti… ¡cómo tú me quieres también!

—Me esfuerzo en no pensar en ti.

—Pero ¡es absurdo todo esto, Austin!

—El matrimonio es la gran aventura, Ada. No basta querer. Hay que sacrificarse, y yo soy un egoísta, Muchas veces creo, que te tengo miedo…

—Tú no eres cobarde —susurró ella temblorosa.

—Pero considero que sólo a mí puedo perjudicar, continuando soltero. En cambio, si me casase… siento miedo de apasionarme por ti, de sólo vivir pendiente de ti…

—Como yo haría…

—Tengo catorce años más que tú, Ada.

—Mis amigas dicen que no pareces más de treinta. No me gustan los jovencitos. Y te lo he demostrado, Austin. Son ya cuatro años de constante fidelidad, de esperar a que me digas: «Ada, cásate conmigo». Es vergonzoso que yo…

—¡No lo es! Nos queremos… Escucha, Ada… En este viaje, no pensaré en ti… Pero te juro que sabré ver claro en mí…

—Sabré esperar, Austin.

—Si consigo llevar a buen fin mi misión…

—Lo conseguirás, Austin.

—¿Quieres… quieres dar vuelta al coche? Es tarde, y tengo que preparar mi equipaje.

—¡Debería odiarte, Austin!

—Si —reconoció sinceramente Austin Camden.

El coche reemprendió el corto trayecto hacia la ciudad. Y al cabo de un largo silencio, al detener el coche, dijo ella:

—Esperaré tu radiograma tan pronto termines tu cometido en Sudamérica, Austin. Si vuelves sin haberme enviado un radiograma… ya no me encontrarás en la ciudad. Me iré donde sea, lejos, pero ya no esperaré más. Sería vergonzoso, si no fuera que

estoy tan enamorada…

Austin Camden bajó del coche.

Replicó gravemente:

—Dios sabe que no estoy loco, Ada. Por eso, créeme… Eres la única mujer que he querido y quiero. Adiós.

Ella quiso decir algo, pero ya Austin Camden entraba en la casa.

* * *

Austin Camden cumplió las reglamentarias advertencias del letrero luminoso, alusivo a los pasajeros. Se desabrochó el cinto, y no encendió el cigarrillo cuando el letrero permitía ya fumar, porque detestaba aquel estúpido vicio.

Desdobló su periódico habitual. De costumbre lo leía a las diez y media, en el intervalo de descanso, que la casa concedía a los empleados.

Tenía que alterar aquella costumbre, pero leyó por el orden acostumbrado. La columna de cotizaciones del mercado maderero. El editorial financiero.

Después, la referencia del movimiento portuario.

Su vecino de butaca, era un obeso individuo que leía una revista con ilustraciones de motores y maquinaria.

No le interesaban los pasajeros, puesto que se separaría de ellos, en las escalas hasta Río de Janeiro.

Leídas ya y meditadas las informaciones comerciales, echó un vistazo distraído a los demás titulares de la otra página.

La vida social de Seattle, en la que algún día su nombre también figuraría, puesto que el uno y medio por cien era el primer paso de su ascensión soñada.

Giró las hojas, para iniciar la lectura rápida de los titulares sobre política interior. Dejaba para lo último la rúbrica de asuntos internacionales.

Permaneció unos instantes rígido, fijos los ojos en las fotografías de la tercera columna. Tres fotografías, la mayor de ellas, ocupando el tercio superior de tres columnas, representaba a una mujer reclinada de costado sobre una alfombra, al pie de un diván.

Una fotografía algo borrosa. Debajo de ella leyó:

> «Eleanor Holmes murió así. Fotografía obtenida en exclusiva por nuestro reporter gráfico».

En otra fotografía se veía una casa de agradable estructura. Una imitación del «cottage» inglés.

> «La casa en la ribera sur del Punget Lake, propiedad de la pintora Eleanor Holmes».

La tercera fotografía, plasmaba un rostro femenino.

> «Eleanor Holmes, cuya misteriosa muerte suscita en la ciudad cábalas sin fin».

Había detestado siempre el estilo de los reportajes sensacionalistas.

Pero la fotografía no dejaba lugar a dudas. Eleanor Holmes era la mujer que el día anterior a las doce y cuarenta minutos, se comportó indebidamente, interpelándole en la calle, sin conocerle. Una pintora, es decir, un ser caprichoso, sin organización, desordenado pretendiendo vivir contra la natural disciplina.

Puesto que en aquel viaje hasta llegar a Luján, nada reclamaba su concentración, se dispuso a perder unos minutos en la lectura poco instructiva del suceso de la casa del Punget Lake.

«LA CELEBRE ARTISTA ELEANOR HOLMES ASESINADA».

> «Su cadáver, que presentaba huellas de lucha fue encontrado a las once y media de la noche, en su solitario estudio de la ribera sur del Punget Lake.
>
> »Nuestro fotógrafo, Calvin Morrison, había sido citado a las once y media, por Eleanor Holmes, para fotografiar los tres cuadros que ella destinaba a la exposición de Vancouver.
>
> »Júzguese la sorpresa de nuestro reportero gráfico,

cuando encontró abierta la puerta principal, y las luces encendidas sin que nadie contestara a sus repetidas llamadas.

»La casa de Eleanor Holmes en el Punget Lake, no era su residencia, ya que se domiciliaba en el hotel “Sejour” de la ciudad. Había comprado el “cottage” de Punget Lake, para utilizarlo como estudio, desde cuyas terrazas dominaba el paisaje. Eran muy cotizados sus cuadros de panorámicas nevadas en contraste con lagos y mar, aunque también eran solicitados sus pinceles como retratista.

»Calvin Morrison encontró en la sala recibidor, el cadáver de Eleanor Holmes, tal como reseña la fotografía número uno. Una lámpara de pie y una mesita, aparecían derribadas, a poca distancia.

»En el comedor, una mesa con dos cubiertos, fiambres y conservas, platos intactos, así como dos vasos a medio llenar con champaña, hacen suponer que ella esperaba a alguien, posiblemente el autor de su muerte.

»Calvin Morrison avisó al comisario Sanderman, yendo a buscarle en su coche, por no tener teléfono la casa del crimen. A la vuelta, Calvin Morrison sin poderlo asegurar, declaró que había notado algo cambiado, entre los caballetes del estudio que antes había recorrido.

»No puede precisar en qué consistía el cambio, dado el natural nerviosismo con que recorrió la casa. Hizo alusión a que le pareció que había en todos los caballetes un lienzo terminado, y faltaban dos.

»El robo ha de ser descartado, afirma el comisario Sanderman. La muerte ha sido ocasionada por un disparo efectuado con arma de corto calibre, casi a quemarropa certifica el forense.

»No se halló el arma ni huellas, atestiguan los

peritos.

»El escándalo acompañó muchas veces a Eleanor Holmes, de temperamento apasionado…

Interrumpió Camden su lectura. El término «pasión» estaba excluido de su mentalidad, porque toda pasión suponía un extremismo, un fanatismo del que todo hombre bien organizado física y mentalmente debía abstenerse.

Por segunda vez, relacionado con Eleanor Holmes aparecía aquel término. Tenía buena memoria, y recordaba el pasaje de la carta anónima de la que se confesó autora Eleanor Holmes.

»El escándalo acompañó muchas veces a Eleanor Holmes, de temperamento apasionado, y carácter propenso a libertades reñidas con el comportamiento cívico basado en las buenas costumbres.

»Nacida en Silverton, ciudad de treinta mil almas, de la Colombia Británica, Eleanor Holmes viajaba con frecuencia, visitando por vez primera Seattle, según declaró a Calvin Morrison, en marzo del año pasado, y habiéndose residenciado en nuestra ciudad desde octubre del año pasado.

»Su llamativa belleza aunada a la libertad de sus costumbres, la hizo ser prontamente pábulo de justas críticas, ya que era vista frecuentemente en compañía de diversos conciudadanos, a horas muy avanzadas de la madrugada, y en lugares poco recomendables para una joven.

»Las pesquisas serán laboriosas, anuncia el comisario Sanderman. Han circulado rumores según los cuales, Eleanor Holmes pertenecía a una sociedad californiana de teorizantes del anarquismo. Posiblemente intervendrá la Oficina Federal de Investigación, ha opinado el diputado Farrell, del distrito de Punget Lake.

»Por la solitaria situación en que se halla la casa del crimen, es imposible obtener informaciones sobre las visitas que Eleanor Holmes podía recibir aquella y otras noches, nos ha declarado el ayudante del comisario.

»Toda la ciudad desea cuanto antes que se esclarezcan los misteriosos interrogantes que rodean la muerte de Eleanor Holmes».

Austin Camden acudió a mirar la última hoja.

«Al cerrar la edición».

«Última Noticia Sobre la Muerte de Eleanor Holmes».

«Se confirma la sospecha de que Eleanor Holmes pudo ser asesinada por un joven californiano, con el que fué vista discutiendo acaloradamente, a las ocho de la noche, en el bar "Rocky", de Pacific Avenue, Ambos abandonaron el bar, yéndose en el coche propiedad de la pintora. Han sido cursadas órdenes de detención como testigo, del joven por cuyo acento, se sabe era californiano, pero cuya descripción física, nos ha sido requerido no publiquemos, en cívica cooperación a la más pronta detención del presunto sospechoso».

Doblando el periódico, Austin Camden se sintió satisfecho. Era siempre un baldón para la ciudad, que alguno de sus jóvenes alocados, pudiera en un momento de obcecación, cometer un delito.

Por suerte, se demostraría que al igual que la aventurera, su asesino era forastero.

Veía ahora claramente la maniobra. Los rivales del orden, de la sana moral, los politicastros del partido opuesto al representado por

el señor Elmer Smith habían pagado a la aventurera, tratando de que ella comprometiera el buen renombre de un ciudadano ejemplar.

Existían en el mundo seres como Eleanor Holmes, reñidos con la ética, la disciplina y el orden, que dejaban sueltos sus instintos constituyendo un peligro para la juventud sin discernimiento.

Era lamentable que una mujer de aspecto distinguido, como la pintora, hubiera tejido un mal fin, al no atenerse a la reglamentaria ordenación vital.

Miró por la ventanilla. La claridad del horizonte prometía un viaje tranquilo.

Se absorbió en la lectura del último anuario comercial, relativo a Paraguay. Le iba a resultar muy corto el viaje, ya que tenía que acotar las páginas del libro «Viaje por el Paraná», escrito por el técnico botánico del Instituto Geográfico de San Francisco.

Siguió leyendo durante el almuerzo, no interesándole el tipismo de Nueva Orleans. No quería exponerse a contratiempos, y por eso confeccionó su menú con prudencia: tortilla con jamón, y «*roast-beef*», cuya salsa no probó. Un jugo de frutas, y pastel de manzanas.

¿Qué tal se manejaría Sparkle en su ausencia? No era un descuidado, pero tenía cierta propensión a no reflexionar el tiempo suficiente, antes de tomar una iniciativa.

Por la noche, en la lujosa habitación retenida a su nombre en el «Groveris Bay», de Copacabana, sacudió la cabeza con reprobación, mientras contemplaba desde la terracita, la miríada de luces en el semiarco de rascacielos. Músicas, frívolas diversiones, pérdidas de tiempo y dinero, malgastando las horas que debían dedicarse al sueño.

No podían prosperar las ciudades dedicadas al placer y la ociosidad, pero mientras entornaba la ventana, se reprochó su falta de ecuanimidad.

No todo era diversión en aquella ciudad. Exportaban maderas e importaban pieles y productos de Seattle, aunque con ciertas irregularidades en el cumplimiento de sus compromisos.

Colocó la manecilla del despertador-pulsera, en las siete y quince minutos.

Corrigiendo su error, rectificó la manecilla. Era el avión de las cinco de la madrugada el que debía tomar.

Y no estaba en Seattle, sino en Río de Janeiro.

CAPÍTULO III

La inmensa cuadrícula de Buenos Aires había sido un espectáculo grandioso desde la altura. Era más vulgar visto a través del autobús que le conducía a Luján, donde seguramente le estaría esperando Norberto Peña, avisado ya por su radiograma.

Un corresponsal bastante aceptable, que tenía un conocimiento profundo de todas las regiones madereras que abarcaba la cuenca extensa del Paraná y sus afluentes.

Sería seguramente un hombre interesante, para un breve y provisional compañerismo de negocios. Había elegido la profesión de prospector, una carrera poco envidiable.

Había conocido prospectores de minas y peletería. Seres de costumbres desordenadas, sin horario, sin hogar permanente, recorriendo a menudo sitios incivilizados, complaciéndose en los riesgos que podían presentarse en zonas aisladas de toda organización sólida.

Examinó su plano, comprobando que el poste que acababa de ver, correspondía a la milla doce, faltando por lo tanto, otras tantas para llegar a Luján.

El barco de Brujas no zarparía basta que estuvieran a bordo. Norberto Peña le había ya reservado camarote, según constaba en el folio sexto de la documentación que llevaba en la cartera de cuero, con cierre especial.

Constaba también que el viaje hasta Villarica, donde estaban los «obrajes» propiedad de la compañía Ribaud, no se verificaba en tren, hasta Asunción, debido a estar provisionalmente suspendido el tráfico por vía férrea.

Luján era famosa por su basílica gótica erigida por los españoles en 1630, y se recomendaba al turista que no dejara de recorrer en

sus primeras millas el río Luján, de un pintoresquismo excepcional en sus riberas pobladas de vestigios históricos de la colonización ibérica.

Pero cuando Camden bajó del autobús, siguió considerando Luján como lo que era. Un barrio exterior de Buenos Aires, desde cuyo puerto, iniciaba la segunda etapa importante de su viaje.

Un portador había ya atado con correa las dos manijas de sus maletas, cargándolas al hombro.

Miró en rededor, contrariado. Gente desconocida, saludándose entre sí, pero nadie salvo el portador, acercándose a él.

Permaneció esperando, mirando su reloj de vez en cuando. No podía ser exigente con un sudamericano que además era prospector maderero.

El portador preguntó:

—¿Dónde, señor?

Era curioso que hablando como él hablaba, un español perfecto, gracias al profesor que durante tres años le enseñó su idioma nativo, aquel portador le hablara ahora en un pintoresco inglés.

Hizo un ademán recomendando esperar, y el portador liberó su hombro de la correa que al pecho y espalda, le formaba la doble giba de las maletas.

El autobús partió, y en la amplia acera, quedó a solas Camden con su portador liando un cigarrillo, echada la gorra casi sobre la nuca.

Hacía calor aquel once de enero. Casi bochorno…

Miró su reloj. Eran las diez y ocho minutos. Esperaría dos minutos más. Hasta entonces el itinerario había sido perfecto, y no iba a ser un prospector poco puntual el que modificara su horario.

El último radiograma recibido de Norberto Peña, impuesto en Luján a las tres del día anterior, y que le había sido entregado en el hotel «Grover», por la noche, decía claramente:

«ESPERARE DIEZ MAÑANA ESTACION AUTOCAR LUJAN. NORBERTO PEÑA».

Aquella falta de puntualidad, era también una incorrección. En cierto modo, él era el jefe de todos los corresponsales, aunque

radicaran a centenares de millas.

Una sombra a su lado, le hizo ladear la cabeza. Un muchachito de unos doce años, con pantalón corto, alpargatas y una camisa blanca, que mirándola con atención, dijo:

—Si es usted Austin Camden, la señorita Peña lo espera en el número trece de la calle Bonfanti, enseguida, señor, enseguida.



¿Quién es usted y qué hace aquí? —dijo el policía.

Y el chiquillo partió corriendo.

Sus tres últimas palabras habían sido dichas con apremiante entonación, casi como quien pide auxilio.

Austin Camden tomó su decisión. Giró sobre los tacones.

—¿Está muy lejos el muelle europeo del Paraná?

—Andando, casi una hora, señor. Hay que atravesar aquel puente, y después…

—Busque un taxi.

—Al instante, señor.

Pero el portador, secándose el sudor, caminaba con desesperante lentitud, hacia la otra acera.

Austin Camden se pasó el pañuelo por la frente y la badana de su sombrero. Tendría que recriminar a Peña, que le hiciese enviar recados por un chiquillo melodramático, que aludía a la señorita Peña, cuando para nada se mencionaba dicha señorita en toda la correspondencia sostenida acerca de la Compañía Ribaud.

Mal principio de relación con el que iba a ser su compañero de viaje en el barco de Brujas.

El taxi que vino a detenerse delante de él, era confortable. El portador instaló las maletas en el cuadro posterior, y fué a sentarse junto al chofer.

Desde atrás, indicó Camden:

—El muelle europeo del Paraná. El barco es el «Brujas».

El chofer no contestó, limitándose a pisar el embrague.

Camden se abanicó con el sombrero, no sabiendo si cerrar las ventanillas, porque el bochorno ascendía desde el asfalto.

Y pensó que en aquella misma hora, allá en Seattle se respiraba un aire frío, cortante, cargado de efluvios de resina y sal, en vez de aquel olor dulzón.

No hacía más fresco en el malecón donde los hangares dejaban entrever a trechos chimeneas y cubiertas de diversos buques.

El chofer y el portador discutían, elevando la voz:

—… ¡lo sabré yo! Los belgas y los suizos atracan a la punta norte.

—¿Qué sabrás tú si es suizo o belga?

—Brujas es una ciudad de Bélgica, analfabeto.

—Por mi boliche, sabemos menos de geografía, pero…

—Por favor, señores —atajó secamente Camden avanzando el

busto mientras repicaba en el cristal—. El barco es belga y maderero, aunque tiene seis cabinas para pasaje.

—Es lo que le decía a este terco —aprobó el chofer—. Atracan en la punta norte, aquélla, señor.

Minutos después, el taxi se detenía bajo un cobertizo entre dos hangares. Descargó las maletas el portador.

—¿Le espero, señor? —quiso saber el chofer.

—Sí.

Dos aduaneros saludaron al presentarles Camden el pasaporte abierto, y se apartaron del pie de la pasarela.

Mientras subía, Camden sacudió la cabeza. Unos funcionarios sonrientes, pero carentes del sentido de la responsabilidad. Ni siquiera habían mirado su pasaporte.

Cualquiera podía pues subir a bordo del «Brujas». Bien, él no era un cualquiera.

Un hombre muy rubio de cara colorada, velludas las piernas, en su calzón corto de dril, con guerrera blanca de manga corta, se llevó la mano a la visera de la gorra marinera.

Habló en francés:

—¿Pasaje, señor?

—Soy Austin Camden, y el señor Norberto Peña, ha reservado para mí el camarote tres.

—Buenos días, señor Camden. Tenemos en efecto, la reserva de su camarote. Le acompañaré. El capitán está en tierra.

—Confiaba en que el señor Peña me estaría esperando.

—Desde ayer por la tarde, no hemos visto al señor Peña, pero él sabe que no zarpamos hasta las tres.

El portador dejó las maletas en el exiguo camarote, y Camden pidió:

—¿Cuánto le adeudo?

—Diez pesos, señor, o si le da igual, deme dos dólares.

—Diez pesos. Aquí tiene.

—¿Quiere que le pague al chofer?

—Gracias. Lo haré yo, adiós.

Examinó Camden el camarote, cuyos dos ventiladores arremolinaban vaharadas calientes. Éste iba a ser su domicilio durante unas cuarenta y ocho horas.

Había un mapa en el tabique. De Bélgica y del Congo Belga.

Otro a un lado del espejo. Toda la cuenca del Paraná en su espacio navegable por buques de calado como el «Brujas».

Las dos provincias argentinas de Entre Ríos y Corrientes, y después la comarca sur del Paraguay.

Envidiaba la falta de decoro, que permitía a un oficial de marina, vestir tan sólo un pantalón corto, sandalias, y una guerrera fina como un tejido de malla, y además con manga corta.

Procedió a mudarse el traje azul, por el de rayadillo. Tendría que comprar otro sombrero, para no exponerse a una insolación, sin verse obligado a llevar el ligero fieltro gris, que bajo aquel cielo, resultaba sofocante.

Se friccionó las manos, cuello y cara, con la loción insecticida, contra los mosquitos que debían abundar en aquel caluroso clima subtropical.

En su informe diario, destinado a la casa, mencionaría como gasto extraordinario, el del taxi, en su trayecto desde el barco a la calle Bonfanti, número trece.

Un gasto que reglamentariamente sería descontado de la transferencia trimestral que se efectuaba a nombre de Norberto Peña, precisamente a la dirección donde ahora tenía que ir.

Inconvenientes que no se presentaban en Seattle, meditó mientras bajaba la pasarela.

—El número trece de la calle Bonfanti.

Llevaba su cartera, que no debía separarse de él ni un instante. El extravío de su contenido, podía suponer una negligencia imperdonable por su parte.

La calle Bonfanti, por su estrechez, tenía una sombra grata, que amenguaba el calor. El número trece era un edificio de una sola planta.

Miró el taxímetro, entregando la cantidad exacta. La propina degradaba a quien la recibía.

—Son dos pesos más, señor —rezongó el chofer.

—¿En qué concepto?

—Viaje extrarradio, por ser la punta del muelle, zona del extrarradio. Consulte, si quiere, la tarifa.

—Debería usted tenerla a la vista, y no presentármela ahora. Sus dos pesos, aquí tiene.

El taxi arrancó, y pese a su dominio del español, no supo

traducir exactamente Camden la única palabra de despedida del conductor.

¿«Amarrón»? Sería un modismo. Lo preguntaría a Norberto Peña. Subió las dos escaleras, y alzó el picaporte, dejándolo chocar una sola vez.

Comprendía que las ventanas estuvieran herméticamente cerradas, en defensa contra el resol.

La puerta se abrió. Era el mismo chiquillo que le había avisado.

—La señorita Peña le está esperando allí.

El muchachito señalaba a la derecha, en la penumbra, una cortina. Cerrando la puerta, el chiquillo corrió hacia la cortina, apartándola.

Anunció hacia el interior:

—Aquí está, Linda.

Unos modales inadecuados, poco serios, pensó Camden avanzando con tiento en aquella penumbra.

Una voz femenina, grave, pausada, le recibió:

—Pase usted, señor Camden. Le he estado esperando con gran ansiedad.

Fue Camden identificando los contornos de varios muebles, y en una mecedora, la silueta femenina. Un poco de luz era muy necesaria.

Contestó secamente:

—Era el señor Norberto Peña quien debía esperarme.

Tardó la respuesta:

—Mi hermano tuvo que huir, y le espera en Pilar, en la frontera.

CAPÍTULO IV

La habitación era fresca, y a un lado debía haber un surtidor o un grifo abierto, pensó Camden. Se oía el rumor del agua cayendo sin violencia, constantemente.

Se acercó a la mecedora, y dijo:

—Es lamentable que su hermano haya mezclado sus cuestiones personales con su obligación que era esperarme. No veo tampoco la razón por la que usted me invitó a venir, si su hermano no está presente.

—Norberto ha querido que le explique lo sucedido.

—Podrá él explicármelo, como es su deber.

—¿No quiere sentarse?

No tuvo que tantear para apoyar la diestra en el respaldo de una silla, y manifestó lo que pensaba:

—La obscuridad es mucha, señorita. Casi no la distingo.

—Una avería en los cables. Y mi hermano me recomendó que no abriera ninguna ventana. Tan sólo usted podía saber que hay gente en esta casa. Andrés no hubiera abierto a nadie, y aunque llamen, a nadie abrirá.

—Estaba dispuesto a algunas excentricidades, pero ésta rebasa mi imaginación. He acudido porque no encontré a su hermano a bordo. Me recibe usted en plenas tinieblas, y aunque respeto las costumbres ajenas, he de hacer constar que contra la falta de luz eléctrica, existen quinqués, linternas y velas.

—Mi hermano no quiso que me expusiera a ningún peligro, hasta no cerciorarme de que era usted, sin duda alguna, el señor Austin Camden. Habla Usted perfectamente el castellano, y llegó en el autocar procedente del aeródromo, a la hora señalada. Pero mi hermano me previno contra posibles suplantaciones.

—Celebro que en algunos aspectos su hermano demuestre una prudente actitud. Pero he de hacerle constar, señorita, que mi obligación es entrevistarme con Norberto Peña, y nada más. Soy pues su seguro servidor, y beso su mano.

Se disponía Camden a dar media vuelta, cuando la luz brotó repentinamente. Pestañeó unos instantes, y se encontró forcejeando contra un hombre cuyo aliento le causó repugnancia.

La cartera que llevaba asida de la muñeca derecha por la ajustada correa, era lo que interesaba al agresor.

Austin Camden nunca en toda su vida, había sido agredido, ni salvo en sus años infantiles, había peleado.

Pero su organismo reaccionó con una ignorada brutalidad. Pegó con todas sus fuerzas, casi en el mismo instante, en que notó el tirón a su cartera de documentos.

Su puño izquierdo chocó contra una mandíbula… La luz volvió a apagarse, y a obscuras, en silencio, proyectó los puños cerrados en todas direcciones, dundo vueltas sobre sí mismo.

La cartera le servía de arma defensiva, y oyó el restallar del cuero contra un rostro. Una voz apremiante, en aquel caos, resonó entre el derribar de sillas, y los gemidos de sus dos agresores:

—¡La policía, la policía!

Era la voz del chiquillo Andrés. Intentó Camden sujetar por el cuello al más cercano bulto humano…

Oyó deslizarse pasos, pero no amenguó en sus rotaciones propinando puñetazos, hasta que la luz volvió a encenderse.

Furioso buscó en rededor, pero la mecedora, aunque seguía balanceándose, no contenía a ninguna mujer.

Oía voces, pasos, exclamaciones… Su sangre latía aceleradamente, y recordaba la voz paterna:

«Nada como una buena pelea después de un buen trago. Fortalece las amistades, Austin».

¿Qué clase de infierno tramposo era el contenido en aquella casucha? La sala tenía a la izquierda una pila de alabastro con un surtidor. Muebles de mimbre, un pedestal con una jaula vacía, varias sillas derribadas, y en las paredes cuadros representando escenas de gauchos con sus caballos.

Era absurdo todo aquello. No le podía suceder a él algo tan desconcertante. Pero se miró los nudillos de la mano izquierda,

sangrantes…

Y había sangre en su americana… Volvió a ponerse en pie, puños en ristre, deseoso de luchar de nuevo…

Había tres cortinas en la sala, y la que apartó el chiquillo cuando le anunció, era la que ahora cedía paso a un hombre.

Pequeño, casi endeble, de rostro alargado, vestido de dril blanco, con corbata azul, y sombrero blanco de cinta multicolor.

Se giró la solapa izquierda, mostrando una gran placa.

—Policía. ¿Quién es usted y qué hace aquí?

Volvió a sentarse Camden, sintiendo un zumbido en las sienes.

Explicó metódicamente quién era, y cuanto había ocurrido desde que un chiquillo le interpeló, hasta el momento en que quisieron arrebatarle la cartera.

El policía, que había estado escuchando con rostro imperturbable, fué ahora un sonriente hombrecillo de tono cortés:

—¿No está usted herido?

—No, no… Es sangre ajena, posiblemente resultado de mis puñetazos.

—Eran pues, una mujer, dos hombres y un chiquillo los que le atrajeron a esta casa.

—El chiquillo llamado Andrés, me abrió la puerta. La mujer se sentaba aquí, y no pude verla, así como tampoco vi a los dos hombres, pero sé que eran dos, porque uno casi me tocaba la cara con la suya, y el otro pretendía por la espalda apoderarse de mi cartera.

—Que ha defendido usted enérgicamente. El chiquillo debió vernos llegar, porque han escapado todos por el patio.

—Es totalmente incomprensible que la señorita Peña…

—No existe ninguna señorita Peña. Éste es el domicilio de Norberto Peña, pero él no venía casi nunca, salvo breves temporadas, ya que su residencia habitual solía ser Asunción. Venía aquí trimestralmente, y pasaba por el «Canadian Bank», a retirar una transferencia a su nombre.

—Verificada por mi casa, Pero el chiquillo me aseguró que me estaba esperando aquí la señorita Peña, y la llamó Linda, cuando yo vine…

—¿Es su primer viaje por aquí, señor Camden?

—Sí. Y francamente me agradaría entrevistarme cuanto antes

con Peña.

Hizo el policía un gesto ambiguo, al replicar:

—Será difícil, en el sentido que usted lo desea. De todos modos, ya que usted presentará la denuncia pertinente en mi comisaría, allí verá al señor Norberto Peña.

Restañándose la sangre de los nudillos con un pañuelo, Austin Camden siguió al policía, penetrando en un coche. Miró contrariado su americana manchada, y el bolsillo desgarrado.

Lo esencial es que conservaba intacta la cartera de documentos.

A su lado, el policía comentó:

—¿A qué atribuye el ataque de que ha sido objeto?

—No puedo opinar. Es posible que creyeran que me encontrarían dinero, pero no pueden ser vulgares ladrones, puesto que sabían que el señor Peña me esperaba, y además… era la casa del señor Peña.

—La comisaría está cerca. Me dijo antes que su barco no zarpaba hasta las tres. Le sobra tiempo.

—¡Qué desagradable es todo esto! Nunca pude imaginarme que iba a ser objeto de un intento de robo.

—Por suerte, además de que usted supo repeler el intento, recibimos a tiempo la orden de registrar la casa, tan pronto se identificó el cadáver extraído en la bahía.

—¿El cadáver?…

—Norberto Peña.

Austin Camden encogió el cuello. El coche se detuvo, y maquinalmente siguió los pasos del policía, hasta que estuvieron en el interior de un despacho, donde un hombre robusto alzó la vista de unos papeles, en los que tachaba con un lápiz rojo.

—Este señor se encontraba en la casa, señor comisario. Es representante de una compañía maderera de los Estados Unidos. Tenía que reunirse con Peña, que era el corresponsal de su firma, en Asunción.

Durante quince minutos, Camden se explicó, y respondió a todas las preguntas. No podía aducir ninguna razón lógica. Su misión era estrictamente comercial, como podía verificar el comisario inspeccionando cuantos documentos contenía la cartera que quisieron arrebatarle.

El comisario asentía cortésmente, y por fin, preguntó:

—¿No puede describirnos a la mujer?

—Ya le digo que estaba todo a obscuras, y cuando la luz se encendió, mi atención la reclamaban los dos hombres que intentaban arrebatarme la cartera. Sí, ahora recuerdo que uno tenía el rostro cubierto de sangre, pero es la primera vez en toda mi vida, que tomo parte activa en una pelea. Es verdaderamente incomprensible.

—Peña apareció a flote esta mañana hacia las nueve. Tenía el cráneo fracturado a golpes. Estamos haciendo averiguaciones, y sabremos con quién se entrevistó ayer y esta noche. Tenía que ser alguien de confianza, la persona que estuvo con él, y podía saber que usted llegaría esta mañana a las diez.

—No cabe relación posible entre la muerte del infortunado y mi casa, señor comisario.

—Es evidente, pero pudo haber una interpretación distinta por parte de los que intentaron quitarle la cartera. Tal vez supusieron que usted llevaba dinero, ya que generalmente en ciertos negocios, una de las partes contratantes no quiere cheques, sino dinero en efectivo. No le retengo más, y sólo me resta pedirle excusas por este recibimiento. No tardaremos en encontrar a Andrés y Linda, aunque emplearán otros nombres. Le deseo un buen viaje, señor Camden, y notificaremos a su cónsul, el resultado final de la investigación. García, acompañe al señor Camden en el coche.

—No se molesten, y les agradezco la amabilidad. Tengo que efectuar unas compras.

En la calle se dió cuenta que había perdido su sombrero. En menos de media hora, le habían ocurrido más contratiempos que en treinta y ocho años.

Una pelea, un hombre que le esperaba, asesinado… Se acogió a la sombra de un kiosko, pidiendo un
«Coca-Cola».
Lo bebió con ansiedad.

Iba mirando a las personas que transitaban por su lado, con naciente recelo. Penetró en una farmacia, donde adquirió tafetán y un coloidal.

Tenía que desinfectarse las magulladuras de la mano. Era pueril e inadecuado que sintiera un necio orgullo por haber luchado contra dos hombres, y no haber recibido ningún golpe, aunque

notaba cierto dolor en un costado y en la axila derecha.

Eligió en una sombrerería un sombrero blanco, con cinta marrón. Era ligero y de ala ancha.

Comprendió por qué todo el mundo le miraba. Su bolsillo rasgado y la mancha roja en su americana.

En Seattle hubiera reparado rápidamente aquellos desperfectos. Pero en Seattle no se hubiera peleado como un irlandés… La sangre paterna había hablado, y no le disgustaba por la casa. Seguía en posesión de su cartera.

Vió en un escaparate una sahariana blanca. Una prenda inadecuada en Seattle, pero que al dejársela puesta, le pareció la única reglamentaria en aquellas latitudes, y a bordo.

Miró su reloj, intacto. A prueba de todos choques. Las doce y media. El tiempo había pasado con celeridad increíble. Aquellas alteraciones de su horario…

Pensó en el pobre Norberto Peña. Algún lío de faldas. Eran muy apasionados aquellos sudamericanos, incapaces de contentarse con una buena esposa para toda la vida, como era lo razonable en un hombre bien constituido.

Llevando el paquete con la americana envuelta, se miró furtivamente cuando pasaba ante algún escaparate.

Le sentaba bien aquella prenda. Le hacía aún más alto, y el sombrero blanco daba mayor reflejo cobrizo a sus cabellos rojizos.

¿Cómo podía ser tan infantil en recrearse en su imagen, cuando había un hombre asesinado, y acababa de visitar por vez primera una comisaría de policía?

Le avergonzaba admitir que a la luz de aquel crudo sol, casi no veía anormalidad, en hechos que en Seattle le habrían soliviantado.

A la una tenía que comer. A bordo no le participaron el horario. En realidad, aquel oficial fue demasiado expeditivo.

Cerró el puño derecho, cuando una mano le tocó en el hombro.

CAPÍTULO V

Era el oficial que le había recibido a bordo. Llevaba también un paquete bajo el brazo.

—Si va al muelle, podemos andar juntos, y así nos tocará a menos camino. Hace un calor infernal a esta hora. Aunque remontando el río, sudaremos mucho más. A propósito, me llamo Albert Morier, primer oficial maquinista.

—Pensaba ir a comer a bordo, pero ignoro el horario.

—El capitán acomoda el horario a la singladura. A la española cuando tocamos aquí, o sea las dos. Y más llevando pasaje sudamericano. No se aburrirá en la travesía.

Un muchacho charlatán aquel marino. Pero era buena máxima dejar hablar, intercalando solo palabras que no comprometían.

—¿De veras?

—Se presentó tal vez minutos después de que usted se marchase. Una morena del tipo incandescente. ¡Qué ojazos, y qué labios! Tiene el camarote cuatro, frente al suyo. Y por si fuera poco, está la periodista, una compatriota suya, por cierto. Neoyorkina. El resto del pasaje, tres varones. Le aviso que si el capitán no fuera escrupuloso en este aspecto, hubiéramos podido pedir lo que quisiéramos para llevar gente río arriba. Los trenes quedaron paralizados por la partida de Moyendo, que hizo saltar con dinamita varios puentes.

—¿Quién es Moyendo?

—En mi último viaje, Moyendo era un diputado de la oposición. Ahora según parece está refugiado en la jungla, y es cabecilla de una partida de descontentos. Antes era el Chaco, después la frontera éste, y ahora una pequeña guerra civil.

—¿No está inquieto el capitán?

—Bah… Llevamos pabellón europeo, y nunca nos sucedió nada en el río, aunque ardieran las riberas. Ellos son amantes de la pelea entre ellos mismos. La periodista quiere hacer unos reportajes directos, obteniéndolos del mismo Moyendo. Yo conocí a un periodista que quiso hacerle un reportaje a otro insurrecto. Se embarcó con nosotros, y le dejamos en Pilar. Al regreso nos lo devolvieron metido entre cuatro tablas. ¡Fíjese!

Austin Camden escuchaba distraídamente. Eran demasiadas novedades para asimilarlas en tan corto espacio de tiempo.

Miró hacia donde señalaba el oficial belga. Una mujer vestida de blanco, protegiéndose del sol con una sombrilla de color rojo.

—Con la sombrilla está aún más apetitosa. Es la paraguaya. Fíjese bien en el contorno. ¡Qué mata de cabello!

Un negror intenso en larga melena hasta media espalda, destacando en la blanca blusa. Era casi indecente aquel cabello, pensó Camden, sonrojándose.

Ella caminaba con paso corto, pero decidido, por la larga avenida del Malecón.

—Apretando el paso la alcanzamos. Se la presentaré, Camden.

—Ya nos conoceremos a bordo. Vaya usted, Morier.

—Eso es deportividad. Me deja usted un cuarto de hora de ventaja. Hasta luego, Camden.

Camden se encogió de hombros, cuando vió al oficial colocarse al lado de la morena del camarote cuatro.

Oyó la risa femenina, y el contoneo grotesco del oficial. ¿No se daba cuenta aquel hombre que era ridículo con sus pantalones cortos, y sus contorsiones?

En fin, cada cual con sus debilidades. Volvió a pensar en Peña, que le hubiera podido explicar todo lo referente a Moyendo y los puentes dinamitados.

El afán de pelear era incomprensible, pero meditó que tan sólo hacía una hora, estaba peleando como un energúmeno.

Dijo en voz alta:

—Es distinto. Defenderse es racional.

—¡Vaya que sí!

Respingó mirando a la que acababa de hablar, acompasando su taconeo a su zancada. Se detuvo, y ella riendo añadió:

—Usted es el camarote tres. Le vi cuando subía a bordo. Vamos

a ser vecinos. Mabel Barley, del «Hearst Trust». ¿Cómo está usted? No se ruborice por mi intromisión. Sólo los hombres geniales hablan solos. Y además también estoy de acuerdo en que es racional defenderse. No se quite el sombrero, o le bullirán los sesos. He echado un vistazo al cartel de pasaje. Me gustan sus nombres, Austin Camden.

Una periodista. Había que ser tolerante.

—Celebro que mis nombres merezcan su aprobación, señorita Barley. Acabo de saber que es usted la periodista que nos contará las intemperancias de Moyendo.

—Un magnífico bandolero romántico. Figúrese que es rico y noble, con título antiguo, pero está descontento, y ha levantado en armas toda la comarca del sur, desde la frontera hasta la Confluencia. Y proporciona muchos beneficios a los que le surten en armas. ¿Le lleva usted armas?

Austin Camden envaró la espalda.

—Señorita, hay humorismos a los que soy totalmente refractario. Su pregunta ha sido un poco ofensiva. ¿Acaso tengo yo aspecto de intervenir en negocios ilegales?

—Tiene usted perfil de ave de rapiña, Camden. Se lee en todos sus rasgos faciales, la decisión y la audacia. No quisiera ser su enemigo; de veras que no.

—Soy simplemente un representante de la casa
«Wilcott & Smith»
de Seattle, y el motivo de mi viaje es conseguir la firma de una compañía maderera.

—¿Y por troncos de árbol matan a un hombre, y visita usted la comisaría de Luján, escoltado por policías?

Volvió a detenerse Camden. Estaba ya en el paraje sombreado por los hangares, y el empedrado húmedo exhalaba vaharadas cálidas.

Mabel Barley sonreía con malicia, chispeantes los ojos.

Endurecido el semblante, dijo Camden:

—Será su oficio el curiosear, señorita Barley, pero detesto la curiosidad.

—Lo supongo, pero si olfateo un buen reportaje, no me lo pierdo. Mataron al hombre que debía entrevistarse con usted, y no me cabe duda que usted es una moderna águila de los negocios

turbios, porque con su chaqueta manchada de sangre, y tras poner en fuga a varios rivales, sale por su pie y libremente de la comisaría. Cuando le vi subir a bordo, me di cuenta enseguida de que usted era un aventurero de envergadura…

—Señorita Barley, me reiría a gusto, si no fuera por el calor. Me temo que en su periódico, no estará conceptuada como muy fidedigna en sus reportajes.

—Es lógico su proceder y su hábil fingimiento de sinceridad. Rebosa usted de talento y sinuosa diplomacia, Camden.

Era absurdo que, pasado el primer arrebato de indignación, casi se sintiera halagado al ser confundido con un aventurero. Debía ser aquel calor, la arbitrariedad del ambiente y del horario…

Reanudó su paso, y ella manifestó:

—Le prometo no comprometer su tarea hasta que la lleve a término. Y no seré indiscreta habiendo oídos en rededor. Hemos de comer en la misma mesa, durante la travesía, Camden, con los demás pasajeros.

—¿Les ha archivado ya, señorita Barley?

—Me agrada su frío humorismo. Tiene usted mucho dominio. Un pelirrojo con sangre hirviente, y sin embargo, sabe dominarse y adoptar el aspecto de un hombre importunado por un mosquito. ¿Cree que Moyendo consentirá en recibirme?

—No disfruto el honor de conocer los sentimientos que Moyendo pueda albergar hacia la prensa de los Estados Unidos.

—Es lógica su negativa. Ya… Usted no conoce a Moyendo, pero los que han matado a Norberto Peña quieren evitar que las armas lleguen a poder de Moyendo.

—Usted sabe muchas cosas, demasiadas cosas —opinó Camden, reflexivo.

—Percibo la velada amenaza, pero le he prometido callarme lo que sé, hasta que lo considere publicable.

—Si conoce las razones por las que ha perdido la vida mi corresponsal, debe usted atender a su conciencia, y prestar su cooperación cívica a la policía.

—Es asombroso su estilo, Camden. He conocido a muchos aventureros, y ninguno poseía su formidable aplomo.

Austin Camden volvió a secarse el rostro con su pañuelo. Se debatía entre dos opuestos impulsos: declarar su aversión al cinismo

profesional de la periodista, que rehuía atender a su obligación moral, y a la vez, experimentaba una nueva sensación que extrañamente le infundía un misterioso deleite.

Nadie se había atrevido nunca a decirle que tenía un perfil de ave de rapiña, ni mujer alguna le había mirado con aquella mezcla de curiosidad y admiración que alentaba en las pupilas pardas de Mabel Barley.

Se sintió otro hombre, capaz de increíbles actos, y quiso justificarse a sí mismo, argumentándose que le convenía estar al corriente de la situación creada por el asesinato de Peña.

Y aquella periodista, experta en husmear, podía serle útil. Ella proseguía diciendo:

—Sabe usted sobradamente que la policía argentina no interviene en este asunto, salvo en lo referente a capturar a los asesinos de Peña, si se hallan en territorio argentino. Por lo demás, y mientras el contrabando no dañe los intereses argentinos, hacen como Poncio Pilatos.

—Si usted me promete discreción hasta que llegue el momento oportuno, podemos ser buenos amigos, Mabel.

Ella rió tendiendo la diestra, que estrechó Camden.

—Pacto formal, Austin. Ha de comprometerse a no hacer declaraciones a ningún periodista. Como comprenderá no citaré su nombre, sino los clásicos puntos suspensivos. Tan sólo las iniciales, ¿comprende? Será un reportaje muy a lo vivo. Y no dudo que ha estudiado ya a los demás pasajeros.

—No he tenido aún tiempo para ello.

Mabel Barley cogió del brazo a Camden, deteniéndose ambos a la sombra del cobertizo.

Unos cuantos portadores y personal de muelles, dormían la siesta en diversas posturas, sobre bancos, hamacas, lonas.

El casco del «Brujas» distaba medio centenar de metros, y en la espesa calígine, todo parecía sumirse en aceitosa languidez.

—Yo simpatizo con Moyendo, porque es un idealista, y con usted, porque es correcto y amable. Generalmente, la educación de los hombres como usted, deja mucho que desear. Usted me gusta, Camden, porque se le ve correcto, y sin alardes de bravuconería. Mi periódico me envía para obtener información directa de la guerrilla paraguaya de Moyendo. Llegué anteayer, y me disponía a emplear

el tren hasta Pilar, y después seguir a caballo, a pie, o como fuera, cuando me enteré de la carga que usted ha fletado.

Señaló ella el casco del barco.

—¿Yo? —sonrió Camden, intrigado.

—Bien, fué Peña el que controló la carga, poco antes de desaparecer, pero él no era más que un comparsa suyo, Camden. Indudablemente, muy original el camuflaje de camas metálicas, y piezas para tractores y maquinaria agrícola. Un material procedente de Bélgica, y que no despierta recelos en la aduana de Luján, puesto que va destinado al Paraguay, a los «obrajes» de la Compañía Ribaud. Pero a partir de Pilar, verá usted como alguien entre los pasajeros, tratará de probar su suerte. Como ve, estoy bien documentada.

—Más que yo —dijo Camden, sombríamente, porque empezaba a vislumbrar muchas dificultades en la obtención de dos simples firmas.

—No he tenido tiempo de indagar la personalidad de los cuatro restantes pasajeros. Pero si realmente existe una mujer en todo el universo, capaz de vencer a un hombre de su temple, Camden, esta mujer es Encarnación Baez.

Volvió ella a señalar con la barbilla hacia el barco, y Camden evocó la espesa mata negra que «indecentemente» le llegaba a media espalda a la paraguaya.

—Encarnación Baez posee todo el misterio de la india guaraní en la densa suavidad de sus ojos. Pero mi periódico me elige para reportajes por el centro y sur, debido a que para mí el habla española no tiene secretos, y poseo experiencia en esa clase de ojos. No se sonría… He visto caballeros muy amables, cuyos ojos parecían envolverme en caricia suave, convertirse de pronto en salvajes cuyos ojos destellaban crueldad sanguinaria. Así son los ojos de Encarnación Baez.

—Lo tendré en cuenta.

—Puede usted burlarse cuanto quiera, Austin. Quiere hacerme comprender que no es usted un ingenuo. Yo no dudo que usted habrá tratado con cientos de mujeres peligrosas, pero hágame caso. Encarnación es excepcionalmente peligrosa. Esto no se nos escapa a nosotras, y si puede pasar inadvertido, aún para un hombre como usted, acostumbrado a todas las sinuosidades de la mentalidad

femenina.

Pensó Camden en su experiencia como amador. Se condensaba en dos o tres colegiales, devoradoras de mantecados, una oficinista con la que bailó algunas veces, y por fin, Ada, la única mujer en su existencia, a la que había besado.

—¿Le ha molestado mi afán de advertirle peligros que usted ya sabe vencer?

—En absoluto, Mabel. Le agradezco su gentileza, Pero ¿y si fuéramos ya a comer? Tengo apetito.

—Es curioso que sabiendo usted que le acechan para impedir que entregue el armamento a Moyendo, esté tan tranquilo. Y sé adivinar que no finge serenidad. ¿Sabe una cosa, Austin? Me está usted enamorando…

Y rió ella, con trémula carcajada, antes de añadir:

—No se crea que soy una desvergonzada vampiresa.

—Me consta que no es usted una frívola locuela.

—Gracias, pero entonces es que usted admite su poderosa emanación fascinante. Procure emplearla con Encarnación Baez, y no sucumbir. No es de nuestra raza, aunque ya supongo que sus conocimientos internacionales, le han escudado contra lo exótico. Ya hemos trazado alianza, Austin. Ahora voy a regresar para seguir sonsacando al morenito con el que usted fué a visitar al comisario. Es muy galante, pero sé defender mi virtud. Hasta después, «condottiero».

Ella se alejó con taconeo rápido, para ir a despertar al cochero de un cabriolé con toldo, que dormía en ovillo sobre el asiento.

Austin Camden permaneció unos instantes como mareado. Tenía que clasificar y ordenar cuanto acababa de decirle aquella charlatana muchacha simpática. Tenía que excusarla por su libertad: era una periodista.

Se dirigió hacia la pasarela, dispuesto a dilucidar prontamente en qué compromisos le había mezclado Norberto Peña.

CAPÍTULO VI

En mangas de camisa, desnudos los pies en las zapatillas, y agradeciendo el frescor del pantalón de pijama, Austin Camden corrió la cortinilla de la lucarna de su camarote, comprobando que daba directamente al aire libre, sin pasillo ni puente desde el que pudieran espiarle.

Comprobó el cierre de la puerta, y ordenó sus pensamientos. La comida no había sido mala, una vez sorteado el obstáculo del aceite y las salsas, que no probó.

El desplazamiento del «Brujas» oreaba el calor, auxiliando los dos ventiladores. El implacable sol que levantaba neblina caliginosa en las riberas que iban ensanchándose, separándose cada vez más, convertía en irrespirable los espacios sin sombra.

Pero en aquel camarote, se encontraba a placer, sobre todo cuando el capitán le informó que tenían canalizaciones con refrigeración que dotaban los lavabos y las dos duchas para pasajeros, de agua helada.

Fué a sentarse delante del pequeño pupitre, donde, abriendo la cartera, sacó las dos libretas que necesitaba. Una era el Diario destinado al historial para archivo de la casa.

Otra el Diario que pensaba llevar para su propia organización, con el deseo de clarificar sus pensamientos.

Era ardua tarea separar lo pragmático y precisamente matemático, de lo personal, del ambiente nuevo…

Tenía que ser rabiosamente sincero consigo mismo. No podía ser desleal con su propia conciencia.

Desenroscada la estilográfica, y alineados en su cubeta, los cinco lápices de color, de punta agudizada, colocó su reloj colgando del resalte de la lamparita empotrada.

Empezó a escribir con destino al archivo comercial, relatando concisamente los hechos concernientes a Norberto Peña, y a la cartera de documentos.

No aludió para nada a los pasajeros. Ni tampoco a Moyendo. Eran temas ajenos a un archivo comercial.

Secó lo escrito, cerrando el Diario que reincorporó a su compartimiento en la cartera.

Permaneció entonces mirando el blanco papel satinado del Diario en el que había decidido apuntar sus impresiones personales, como disciplina que aclararía los conceptos que pudieran resultar confusos.

Fué escribiendo lentamente:

> «El brusco cambio en la diaria ordenación de arraigadas convicciones destinadas a conseguir la salud corporal y mental, ha tenido forzosamente que producirme el actual desorden.
>
> »La inesperada agresión que rechacé con vigor, ha constituido el primer contacto con sensaciones ignoradas. Confieso con honrada indignación, que debí vencer la reprobable satisfacción que me produjo físicamente, haber luchado. No ha sido una satisfacción de empleado defendiendo documentos privados de la casa que representa, sino un primitivo gozo brutal.
>
> »Hubiera también tenido que oponerme con insistencia, a la irónica cortesía de los policías de Luján, que me trataron deferentemente, pero no como a un ciudadano normal.
>
> »Soy por completo ajeno a los manejos que hayan podido causar la muerte del infortunado Peña, y sin embargo, ante la periodista neoyorkina, en vez de dejar bien sentado que no soy el aventurero que ella piensa, encontré otra satisfacción reprobable.
>
> »Es necesario imponerme la obligación de atenerme a los principios que son mi credo vital.

»En el único comedor para el pasaje, hay dos mesas, pero el capitán Gerard Morier, hermano del oficial maquinista, y únicos patrones propietarios a bordo del “Brujas”, ha decidido que amenicemos la travesía, efectuando las comidas en mesa redonda.

»El resultado de mi observación arroja el siguiente balance: los dos hermanos belgas, son amables, campechanos y a su modo discretos. Pero no me extrañaría que fueran poco escrupulosos en la elección de los fletes.

»Dominan las complejidades de las diversas clases de madera, solicitadas por los diversos mercados. Pero la carga que llevan a Asunción, es por excepción, maquinaria agrícola, piezas de recambio para la misma, y camas tubulares de acero, desmontadas.

»He observado que tan pronto zarpó el barco, y ausente el primer oficial, el capitán Morier que se acercaba al comedor, respondió a la pregunta que no pude oír de un marinero: “Las llaves del armero, las tengo yo. Hasta que no rebasemos la frontera, no es preciso distribuirlas”.

»En el transcurso de la comida, el capitán Morier, nos dijo que debido a las partidas de guerrilleros de Moyendo, en su lucha con las fuerzas gubernamentales, no haría escala hasta la Confluencia. Llaman así el punto en que el Paraná y su afluente el Paraguay se unen.

»No he preguntado nada acerca de la alusión de Mabel Barley, sobre la carga consignada por intermedio de Peña.

»Clasificaré los pasajeros, por su situación en los camarotes. Sólo hay seis cabinas, numeradas impares las exteriores. Pares las interiores. Al final del corredor, están los dos cuartos de aseo, con ducha.

»El número 1, lo ocupa un agente comercial de una

firma suiza, conocido por los hermanos Morier, en cuyo barco ha efectuado otras travesías. Se llama Charles Baumann, y su casa es una industrial papelera. Silencioso y algo descuidado en su aseo, y con tendencia a la adiposidad. Come y bebe con voracidad.

»El número 4, es Encarnación Baez, viuda de un militar paraguayo. Es realmente hermosa, y se comporta con modestia. Tiene que reunirse en Asunción con su familia, y regresa de unas vacaciones en Mar del Plata. Como dice bastante acertadamente Mabel, es la física plasmación de las artistas Dorothy Lamour y Katy Jurado. Una belleza de tipo inapropiado para la placidez de un hogar, porque ha de ser vehemente y sujeta a variaciones constantes de carácter, pese a su apariencia tranquila, mientras duró nuestra reunión.

»Ocupa el camarote que debía habitar Norberto Peña.

»El número 5 es un abogado paraguayo a quien llaman constantemente “doctor”. Eligió Rojas es propenso al tono enfático, y se enzarzó en una discusión con Mabel, acerca de la legitimidad de las aspiraciones de Moyendo. Es acérrimo partidario del gobierno.

El número 6, es un capataz de «obraje», joven presuntuoso, que se ha sentado a la mesa, sin americana ni más prendas que una camisa de seda blanca, un pantalón, corto de dril, y unas sandalias. Es vigoroso, y miraba con impertinencia a la señorita Baez.

»El número 2 es Mabel Barley. Ha aceptado la invitación del doctor Rojas para jugar al ajedrez, mientras el capataz Luis Goula intentaba en vano, con su gramola, crear en el comedor una pista de baile, con el propósito de acaparar a la señorita Baez, si ésta no

hubiera alegado que estaba fatigada y quería retirarse a dormir.

»Pude zafarme de la invitación del capataz, que, con Albert Morier, quería formar un terceto para una partida de *póker*. No he querido indicarles que el juego con envite de dinero, lo considero reprobable.

»No tengo sueño, y no me acostumbraré a dormir por la tarde, según afirma el capitán. Además, mi estancia por estas latitudes no se prolongará, tan pronto entre en contacto con el apoderado de la compañía Ribaud, y visite el Ministerio de Comercio en Asunción.

»Son dos días con sus noches de travesía, llegando a Asunción hacia las cuatro de la tarde el trece. Desde Asunción a Villarica, no hay disturbios, y funciona el ferrocarril, aunque según Mabel es más recomendable la carretera. Lo dijo con reticencia.

»Mi composición ambiental es como sigue: Norberto Peña eligió este barco, para consignar un material en flete, destinado a la compañía Ribaud. Enteramente particular esta operación, en la que para nada ha intervenido mi casa. Si el flete como supone Mabel contiene armas, esto ha dado origen al equívoco, creyendo ella que muerto Peña en circunstancias misteriosas, y teniendo que reunirse conmigo, soy yo ahora el responsable de dicho flete, del que para nada me han hablado los Morier, y que en nada incumbe a la casa.

»Es posible una relación comercial entre Peña, la compañía Ribaud y el guerrillero Moyendo. Ha sido lamentable que Peña, eligiera un momento tan inoportuno como el de mi llegada, para mezclarse en asuntos ajenos a la casa.

»A este motivo achaco el ataque fallido por el que pretendieron apoderarse de mi cartera creyendo

posible cualquier concomitancia entre mi llegada, y la personal operación de Peña, como intermediario.

»Será para mí, mayor satisfacción el llevar a cabo mi cometido personalmente, y aunque deploro la muerte de un corresponsal, estimo que era el fin a que se exponía un hombre que disfrutando de un sueldo firme, se aventuró en operaciones ilegales.

Mantuvo unos instantes en suspenso la pluma. Se decidió por fin:

»Es mi propósito ser sincero conmigo mismo, Me ha sorprendido la modesta actitud de la señorita Baez, muy discreta y verdaderamente señorial. Su manera de vestir y peinarse no sería bien vista en Seattle, pero ella es forastera.

»Indudablemente, si lo pretende, esclavizará a cualquier hombre poco dueño de su propia voluntad. Sus ojos son maravillosos, y su manera de sonreír es turbadora. Posee una figura de espléndida contextura, y sus labios son muy sensuales. Hasta el suizo la miraba con furtivas ojeadas tan voraces como las que dedicaba al contenido de sus platos.

»Comprendo que a la larga, este clima ha de aniquilar el organismo en su dinámica tensión. El mismo aire que ahora respiro, tiene efluvios poco sanos, como las miasmas de florea podridas».

Cerró Camden el libro, enroscó la pluma, y poco después en la maleta encontraba el frasco de sales de fruta.

Bebió con agrado la efervescente agua helada, cuya dosis en sal de frutas doblaría mientras durara aquel viaje, para tonificar su organismo limpiándolo de toxinas.

Se tendió en la cama, para leer con atención, las referencias del talado anual de la compañía Ribaud.

No supo cuando soltó el libro y se durmió, pero despertó avergonzado de sí mismo, al comprobar que eran las siete y cinco minutos.

Tenía todo el cuerpo empapado en sudor, y colocándose el batín fue a la ducha.

Cuando, afeitado y mudado, salió a cubierta, se acodó en la barandilla del entrepuente central, cara a proa.

Los Morier aseguraban que el «Brujas» poseía una velocidad única, debido a sus motores especiales. En realidad, navegaba con firme ligereza.

Las riberas no se veían, y salvo por los islotes que de vez en cuando truncaban la anchura del Paraná en su trecho argentino, podía uno creerse en pleno mar.

Pero aquellos islotes de profusa vegetación y el color de ciertas vetas líquidas surcando el espacio en rededor de los islotes, demostraba que surcaban aguas dulces.

Oía a sus espaldas la música procedente de una radio. Seguramente el imbécil presuntuoso del capataz, estaría asediando a la paraguaya.

No tenía intención de entablar conversaciones, salvo las inevitables con los demás pasajeros.

A lo lejos, el sol iba incendiando las redondeadas lomas de una cordillera, en su ocaso.

Pero el paisaje no le interesaba, porque sabía que no existía mayor belleza que la prodigada por su Washington natal, entre el Columbia y los lagos de Vancouver.

—¿Aburrido, Camden?

Denegó con la cabeza, mirando al que se acodaba a su lado. Gerard Morier, el capitán y copropietario con su hermano, del «Brujas», era flaco y debía padecer del hígado, a juzgar por el amarillento tinte de sus córneas.

—Usted al menos no parece inquietarse.

—Ignoro la razón por la que debo inquietarme.

—Salta a la vista que es usted de otro temple, además apenas lleguemos a zona paraguaya, estamos al sur, y allí nos protegerá su amigo Moyendo.

—¿Mi amigo? Ni me conoce, ni nunca estuve yo por estas tierras.

—Tampoco estuvo usted en Francia, y sin embargo habla como un parisino.

—Un profesor nativo en mi infancia, y media hora diaria de Linguaphone para conservar el acento. Según opinaban mis profesores tenía un gran don para los idiomas.

—Ha sido verdaderamente una desgracia lo que le ha ocurrido a Peña. Un hombre tan agradable, tan valiente, y ya ve… No somos nada. Debió morir rabioso, porque casi al alcance de la meta…

—Ignoro la meta que se disponía a alcanzar el señor Peña.

—Elogiable su hermetismo, pero un poco absurdo conmigo. Si Peña tenía plena confianza en mí, hasta el punto de haberme declarado ayer mismo que en caso de sucederle algo, era usted quién tomaba el mando… no debe usted recelar hasta este punto exagerado. Si llevo el material, ¿a qué más prueba de mi garantía?

—Creo haberle oído decir que Peña tenía idea de que podía sucederle algo.

—Me aseguró que le tenían vigilado, y le aconsejé permaneciera a bordo. Esta cubierta es suelo extranjero e inviolable. Pero Peña estaba enamorado… ¡Ah, esos sudamericanos! Sangre ardiente. No pudimos ni mi hermano ni yo hablarle antes, como comprenderá. Pero ahora que se han formado dos parejas, y el suizo nos espera, podemos ir a mi cabina. Nadie sube a mi puente, cuando doy la orden. Y la he dado. Sígame, Camden.

Austin Camden obedeció. Al pasar frente al ventanal, vió que habían creado una pista de baile entre las dos mesas del comedor.

El presuntuoso atleta Luis Goula tenía por pareja de baile a la periodista, y el doctor Rojas bailaba con Encarnación Baez.

Lo prefirió así, sin saber explicarse claramente la razón.

Penetró en una cabina del puente superior. Bastante espaciosa, inesperadamente. Parecía un comedor y fumador particular de un transatlántico.

Al entrar miró a Charles Baumann, que había cambiado su atuendo de ciudadano civilizado, por unas sandalias, un pantalón de dril, una camisa de malla, sin corbata, y se estaba abanicando con un ancho sombrero pajizo de copa picuda.

Habló también en francés:

—Tenemos que concretar varios puntos, Camden. Lo acordado era tratar directamente con Peña, hasta Pilar, donde yo percibiría el

resto convenido. Le he expuesto a Morier mi punto de vista. Él no corre ningún riesgo, puesto que ha cobrado ya su parte.

Maquinalmente, se sentó Camden, en el sillón giratorio empotrado junto a la cabecera de la mesa, a cuyo otro extremo se sentaba, el suizo, que decía ser viajante de una industria papelera.

El capitán Morier parecía presidir, en el centro, reclinándose contra el respaldo de mimbre del banco lateral.

—Me temo que existe una confusión —dijo secamente Camden.

El suizo dejó de abanicarse, para tender el pajizo en ademán dramáticamente acusador hacia Morier.

—¿Ve usted? ¿Qué le dije yo? Ahora este yanqui saldrá diciendo que era Peña el que llevaba el asunto. ¡Ah, pero no se juega conmigo, señor Camden! Luego hablará usted, y por fin Camden hará lo que mejor le parezca.

Aquel belga hablaba con socarrona cachaza. Le gustaba más que el suizo, aunque en Seattle no lo tendría por relación.

—En mi último viaje, cuando después de dejar carga en Luján, regresaba al puerto de origen, Peña que era un buen amigo mío, me hizo una confidencia. No tardaría en presentar lucha abierta al gobierno, el exdiputado, y desterrado en exilio, Raúl Moyendo. Contaba con muchos partidarios y dinero, Raúl Moyendo confiaba plenamente en Peña, y éste me hacía una oferta, que yo podía estudiar.

Aquel léxico aunque se refiriera a conspiraciones y contrabando, lo asimilaba bien Camden.

Volvió a intervenir el suizo, agresivamente:

—Pero ¿qué le cuenta usted a él que no sepa ya?

—Hemos de concretar cada uno la posición en que nos ha dejado el accidente en que ha perecido Peña. Fue Peña el que hizo los tratos conmigo y con usted, Baumann. Y yo he de concretar mi actual posición, especificando primero el origen. Peña me dijo que Moyendo estaba dispuesto a pagar a buen precio, un cargamento de armas de fuego y explosivos. Desde el principio me negué a tratar sobre explosivos, aunque admití la posibilidad de cargar fusiles, pistolas, y pequeñas piezas de artillería, desmontadas. Pero sin hacerme yo cargo de traer municiones. Peña se marchó para conferenciar con otro enlace de Moyendo, también accidentalmente en Luján. Regresó. Traía una lista por calibres, muy atinada, debida

sin duda alguna a un experto. Aceptaban buscar por otro conducto el municionamiento. Yo no quise correr el riesgo por mejor pagado fuera, de llevar material explosivo. Hablé con mi hermano, y le presentamos el precio de flete a Peña, que volvió a marcharse. Por la noche, a su tercer regreso, pagó religiosamente en divisas belgas y suizas, la mitad del precio convenido por el flete. Mi obligación era traer armas, disimuladas a simple vista, sabedor de que el registro aduanero en Luján sería superficial, de formulismo, puesto que mi carga iba consignada a la compañía Ribaud, de Villarica. Una vez obtuvieron el libre curso de navegación por el Paraná, cuando traspasada la frontera, Peña comprobase la carga, y viera que no me ponían impedimentos para remontar el río, debía abonarme la mitad restante. Lo hizo religiosamente. ¿He expuesto con claridad el origen de mi transacción, Camden?

—Perfectamente —replicó Camden, que quería tan sólo escuchar sin perder el tiempo en decidir su actitud.

—Tan pronto me hubo pagado, Peña me dijo que era usted el hombre que debía tratar con él y la compañía Ribaud. Textualmente me dijo al despedirse: «Volveré mañana con Camden. De todos modos, como he visto a unos policías de Asunción por el puerto, si me sucediera algo, dígale a Camden que si la carga no llega a manos del enviado de los Ribaud, no logrará el contrato para su compañía». Me dijo después que iba a visitar a una conocida, y adiós. El resto ya lo sabe, Camden. Ahora puede exponer su punto de vista, Baumann.

—¡Para usted todo está solucionado! Usted y su hermano ya han cobrado, y depositado los fondos en el Banco. Ya le importa muy poco lo demás.

—No se altere, Baumann. El enviado de Ribaud, me fué presentado por Peña, en el anterior viaje. Subirá a bordo en Pilar. Él será quien ha de determinar el lugar de entrega, puesto que mi convenio es deslastrar en cualquier ribera entre Pilar y Asunción. Pero si también a él le ha sucedido algo, es Camden, como ha dicho Peña, quien decidirá.

—¡A eso voy! Yo he proporcionado las armas, y percibí también una mitad, que me pagó Peña. Cuando ayer me entrevisté con Peña, convinimos como era lo acordado que en Pilar, el enviado de Ribaud me pagase el resto, y a defecto del enviado de Ribaud,

usted. Y yo pregunto: ¿Qué jugarreta ha planeado, Camden? Seguramente ahorrarse el pago del resto, y cuando lleguemos a Pilar, ¿qué se apuesta usted, Morier, a que no sube con el dinero como era lo convenido el enviado de Ribaud?

Gerard Morier señaló con el cigarrillo hacia Camden.

—Ha de discutir con Camden, no conmigo. A usted la muerte de Peña le ha desquiciado, Baumann, y empieza a ver informalidades inexistentes.

Austin Camden adoptó la actitud reflexiva habitual, cuando en la casa le suscitaban un problema en el que una decisión sin madurar, podía representar grandes pérdidas.

Repuso, tras larga pausa:

—Los compromisos que Peña adquiriera relacionados con la firma Ribaud, y que afecten al objeto de mi viaje, los mantendré. Pero es mi deseo, Baumann, que no emplee tonos de amenaza conmigo, ni aluda a la posibilidad de jugarretas en mi comportamiento. La situación de acuerdo con lo que me ha sido expuesto es la siguiente: La compañía Ribaud por razones que a ella le incumben está dispuesta a llegar a acuerdo con mi firma, previa la entrega por Peña, de un armamento a un enviado suyo que lo destina a Moyendo. La muerte de Peña, en nada altera el compromiso que ha adquirido la compañía Ribaud, y al que hará frente con su enviado en Pilar. Es pues, mi participación, netamente pasiva.

—¡No se escude tras la apariencia de un oficinista! También si llega el momento, yo sé vender papel por toneladas, y cajas de sobres. Está en juego una suma crecida, que se me adeuda. Ha muerto Peña, y usted es ahora quien tiene los plenos poderes. Se lo advierto, Camden. Comunique como sea con quien ha de pagarme. No se crea que porque estoy solo, no sabré hacer valer mi derecho.

Austin Camden habló reposadamente:

—Debe cuidar su presión arterial, Baumann. Manifiesta propensión a impulsos sanguíneos, y no estoy acostumbrado a tolerar que nadie me grite injustamente.

—Aquiétese, Baumann, y no sea idiota —intervino, con aspereza, Morier—. Mi norma es que aun en tráficos dudosos, los que en ellos intervienen, han de comportarse de acuerdo con las circunstancias, y hasta ahora, nada le permite dudar de la lealtad de

Camden. Y le diré más, Baumann. ¡Ojalá cuantos intervienen en negocios de cierto riesgo, tuvieran la sangre fría y la experiencia de Camden!

Sonrió halagado Camden, pero súbitamente ensereció el semblante. Era muy dudoso el elogio del capitán Morier.

El suizo se restrepó en su sillón, forzando una sonrisa.

—Le pido excusas si me he dejado llevar por los nervios, Camden. Pero la muerte de Peña, hace suponer que hay gente interesada en que la carga no llegue a su destino.

—No asaltarán mi barco; se lo garantizo, Baumann. Y no ignora usted que Peña aseveró que Moyendo respondía de los aduaneros en el puesto fronterizo de escala obligatoria.

—Peña lo aseveró ayer. Hoy está muerto.

—Moyendo sabe el día y hora aproximada en que mi barco surcará las aguas en las que los aduaneros pueden limitarse a subir a bordo, o hacerme anclar en la ribera de Pilar. Y no cabe duda que Moyendo no permitirá que representantes legítimos del gobierno actual, suban a bordo. Le recomiendo pues que trate de emular a Camden, quien confío se dignará contar conmigo en el futuro para lo que sea. No es un enamoradizo como Peña, ni un nervioso como usted, Baumann.

—Está bien. Me voy a mi cabina, y ya volveremos a vernos cuando esté a la vista la frontera.

El suizo abandonó su sillón, y cuando ya hubieron transcurrido unos minutos, que empleó Camden en meditar sobre su inesperada posición, dijo Morier:

—Hasta la frontera no existe la menor posibilidad de novedades, puesto que tengo el libre curso argentino, hasta Posadas, pero a partir del faro de Vera, son aguas paraguayas. Entre nosotros he de decirle que el incidente en que ha perdido la vida Peña, demuestra que los rivales de Moyendo, conocen ya el destino de mi carga. Está consignada legalmente, como maquinaria agrícola y camas metálicas, para la Compañía Ribaud. Pero en estas latitudes, el tiempo cambia con la misma rapidez que se suceden los acontecimientos imprevistos. Nada es sólido en estas aguas del Paraná, cuando la sangre guaraní se alborota. Baumann no tiene su categoría, Camden, pero yo le excuso. Comprenda que si le cogen los gubernamentales, lo fusilarán sin previo juicio, de acuerdo con

el edicto que usted habrá leído reproducido en la Prensa argentina.

—No lo leí.

—No todos poseen su serenidad —rió Morier—. Yo quiero concretar un punto con usted. A partir del faro de Vera, si Moyendo no puede cumplir su promesa de impedir que los aduaneros gubernamentales, me ordenen parar, ¿qué he de hacer? Hay sólo tres soluciones.

—Expóngalas.

—Pasaremos la frontera hacia la medianoche. Mi obligación consiste en llevar el cargamento hasta que el enviado de Ribaud, de acuerdo con Moyendo, se haga responsable de las armas. Pero si Moyendo, por cualquier causa imprevista, no cumple su parte, que es impedir me importune la barrera aduanera, yo no quiero exponerme a la incautación de mi barco, y al subsiguiente proceso, en el que mi consulado se abstendría de intervenir, al comprobarse la presencia de contrabando en armas.

—Exponga las tres soluciones.

—Si los barcos aduaneros me ordenan parar máquinas, para efectuar el registro, me lo avisarán con tiempo suficiente para que yo disponga que mis hombres arrojen al agua la carga. No importa que los aduaneros lo vean, mientras no me cojan a bordo con la cala llena de armas. Ésta es la primera solución.

—La segunda, ¿supone menos pérdida?

—Yo anclo en Posadas, y usted se cerciora de que Moyendo ha cumplido, y no corremos el riesgo de que a la primera alarma, mis hombres empiecen a hundir el cargamento.

—La tercera, por favor.

—Que usted se cerciore de quiénes son los que a la medianoche dominan las riberas desde el faro de Vera hasta Pilar.

—Su obligación es llevar el barco hasta Pilar, y ha percibido su parte, capitán.

—Así es. Por lo tanto, se decide usted por la primera solución.

—Yo no soy quién para decidir. Yo represento una casa, y mi móvil es lograr la firma de los Ribaud. Usted es quien lleva el barco hasta Pilar, donde el enviado de los Ribaud, dilucidará sus dudas, capitán.

—De acuerdo. Es usted claro y concreto. Sabe pues que a la menor alarma a partir del faro limítrofe, consideraré terminado mi

compromiso, puesto que obtuve la garantía de remontar el río sin contratiempos, lo que significa que mi carga sería recogida por sus destinatarios, y no por aduaneros: ¿No hay reservas mentales entre nosotros, Camden?

—No puede haberlas, ya que usted y yo hemos expuesto nuestra mutua situación. No me incumbe todo esto, mientras los Ribaud no considere necesario notificarme lo que no me notificó Peña.

Se levantó Morier.

—Hay tiempo hasta la medianoche. Hasta entonces, procuremos aprovechar el frescor nocturno. Ah… Cuidado con el doctor Rojas. Es acérrimo enemigo político y personal de Moyendo.

Se encogió de hombros Camden, y al abandonar la cabina, vió al marinero que había estado vigilando la escalerilla de acceso, saludar al capitán.

En el entrepuente se oía la radio emitiendo un ritmo afrocubano. El capitán Morier desapareció, bajando otras escaleras. Camden se recostó contra el pasamanos, mirando las lejanas lucecitas de una ciudad al este, y la susurrante negrura por la que iba navegando el barco que a partir del faro de Vera, infringía un edicto que podía suponer el fusilamiento sin previo juicio de Baumann… y el suyo propio.

Capítulo VII

Mientras oyera aquellas musiquillas y risas femeninas, no podría concentrarse. Se marchó a su cabina, dando un rodeo para resistirse a la tentación de mirar hacia el comedor, convertido en pista de baile.

Sentía cierta desilusión. No hubiera creído que la morena belleza fuera tan vulgar como para distraerse con un presuntuoso atleta de ojeadas lascivas, como era Luis Goula.

Pero tan pronto cerró la puerta de su cabina, volvió a concentrarse. Por lo que deducía, Norberto Peña sirviendo los intereses de la casa, se había comprometido por mediación de los Ribaud a surtir de armas al cabecilla revolucionario.

Los bastidores de las finanzas ocultaban operaciones similares. Posiblemente, los Ribaud creyendo en el triunfo de Moyendo, querían granjearse prebendas cuando éste llegara al poder.

Peña nada comunicó, pensando sin duda hacerlo personalmente tan pronto llegase él. ¿Qué debía hacer? Su obligación era obtener el contrato con la firma Ribaud, y la del Ministro de Comercio… ¿de qué Gobierno? ¿Del que estaba a punto de ser derrocado, ya que los Ribaud, una compañía sólidamente establecida, lo jugaba todo a la carta del triunfo de Moyendo?

No eran cosas que pudiera consultar. Tenía carta blanca. Su obligación era obtener la firma de Ribaud. La otra, según comprobase con un estudio de la situación política.

Desde todos los puntos de vista, era deplorable el trágico fin de Norberto Peña.

Giró sobre sus tacones, al oír el débil repiqueteo en la puerta. Fué a abrir, y entró apresuradamente Mabel Barley, cerrando ella misma.

Respiraba como quien acaba de correr.

—He podido escapar, alegando que iba a escribir mi artículo diario. Usted me creerá una entrometida, y lo soy, pero debe aceptar mi consejo. Ya sé que usted no necesita consejos, pero una mujer sabe adivinar cosas. El doctor y el capataz fingen haberse conocido a bordo, ¿verdad? Y lo mismo pasa con la viudita, ¿no? Créalo o no, pero los tres llevan años conociéndose. Ya sé que no pasará nada, mientras estemos en aguas argentinas. Pero tan pronto el barco pase la línea fronteriza, tome usted la iniciativa. Déjeme terminar… Si Morier lleva las armas, es porque está de acuerdo con Moyendo. O sea que le respaldará. Si usted no toma la iniciativa, ellos tres son muy capaces de apoderarse del barco.

—Son doce tripulantes, Mabel.

—¿Y qué? Bajo una pistola puesta en la sien, el capitán y su Hermano, harán lo que se les ordene. No soy ninguna novata, se lo aseguro. Cuando usted subió arriba, poco después del suizo, vi muy bien la señal significativa que con los ojos se dirigieron los tres.

—Lo tendré en cuenta.

—Lo dice usted como si me echara, o como el maestro que le da la razón a un chiquillo, para no discutir.

¿Los tres…? ¿Una mujer y dos hombres, como en la sala a obscuras? Pero ninguno de ellos dos llevaba señales de haber sangrado bajo un remolino de puñetazos…

—Pueden haberla visto entrar.

—No. Ya le digo que no soy ninguna novata. Después de cenar, quiere el doctorcito pasear conmigo por cubierta. Me ha tomado por una frívola americana del norte. Pero si es preciso, con tal de lograr mi reportaje exclusivo, soy capaz de dejar fuera de combate al que sea. A obscuras, y provista de algo contundente, llevo todas las ventajas.

—No creo necesario llegar a imaginar violencias desplazadas, Mabel. De todos modos, gracias por su amistoso consejo.

Ella entornando la puerta, se inclinó un instante, para inspeccionar. Después salió con tanta prisa como había entrado.

Austin Camden empezó a desnudarse, y poco después, con el «*slip*» interior por única prenda, colocó la cabeza bajo el chorro.

Se friccionó todo el cuerpo con el guante de crin impregnado en alcohol.

Volviendo a vestirse, estaba ya decidido. Estaría alerta, pero no cabía iniciativas absurdas. Era lógico que Mabel Barley viera misterios, pero él no iba a ser tan loco como para «tomar iniciativas» contra tres personas que le eran por completo indiferentes.

Se corrigió mientras anudaba su corbata. Tenía mil cosas diferentes en qué pensar, y sin embargo, a cada momento se interponía en el curso de sus ideas, la figura de Encarnación Baez.

Se dirigió al comedor, cuando su reloj marcaba las nueve. A las diez menos cinco, escribía en su cabina:

> «Todos fingen. Ha sido una cena aparentemente normal entre pasajeros en una travesía normal. El capitán explicó historietas belgas, el doctor discutió banalidades con Mabel y Encarnación escuchaba sonriente. El suizo ha comido en silencio, retirándose apenas rebañó su plato de natillas.
>
> »El presuntuoso Goula, parecía preocupado. Se sienta a mi derecha, y a mi izquierda Mabel. Todos ellos, de vez en cuando, me miraban con recelo.
>
> »Del suizo conozco la razón. El capitán, parece suponer que no he dicho cuáles son mis propósitos, tan pronto se divise el faro fronterizo.
>
> »Deduzco que mis breves respuestas y el limitarme a escuchar al que llevaba la voz cantante, por turnos, les causa la impresión de que mi laconismo oculta propósitos obscuros.
>
> »Es una situación molesta. He dejado en el comedor a las dos parejas, iniciando una partida de *bridge*. Parece mentira que el capataz pueda jugar al *bridge*. El sorteo le ha hecho ser pareja con Encarnación, y me fui cuando Mabel por la subasta, era el muerto…».

Soltó la pluma, pasándose la mano por la cara, crispadas las facciones.

Era estúpido lo que le pasaba. En el juego de *bridge* uno de los

cuatro jugadores, ha de ser forzosamente el «muerto».

Estaba perdiendo el control de sus nervios. Se puso en pie, y tras cerrar los cerrojitos triples de su cartera, abandonó la cabina.

Permaneció inmóvil, mirando con estupor a Charles Baumann que le encañonaba con una pistola, teniendo a su espalda, un paso atrás, a Luis Goula.

Más que la boca del arma, lo que encendió una llamarada en la sangre irlandesa de Camden, fue la ambigua sonrisa burlona de Luis Goula.

—Me toca a mí decirle ahora que no se altere, Camden —murmuró con acre entonación, el suizo—. Como el español le es tan familiar, entérese bien, de que no me importará alojarle un balazo en la frente, si pretende variar el rumbo de las cosas. Entre en su camarote.

El cañón de la pistola puntuaba la orden, pero por segunda vez en aquel día, perdió Camden su sangre fría.

Oyó el estampido del pistoletazo, ensordeciéndole, mientras su cabeza chocaba contra el estómago prominente del suizo…

No reflexionaba ni siquiera pensaba en nada, salvo que debía borrar la sonrisa del fatuo rostro del que se atrevía a bailar en ceñido abrazo con Encarnación Baez.

El segundo pistoletazo no procedía del arma empuñada por el suizo, pero ya mantenía en alto el brazo derecho de Goula.

Gimió sin poderlo remediar, al sentir en su flanco el impacto de un puñetazo. Pero su cuerpo se movía con tanta furia contenida por tanto tiempo, como sus brazos.

Sabía que había estado pisoteando al obeso suizo, tras empujarlo, y que ahora tocaba suelo, aferrado en pugna obstinada, torso a torso, contra el capataz, que ya no sonreía.

Lo que le produjo casi un éxtasis gozoso, fue comprobar que casi sin darse cuenta, acababa de voltear sobre su cadera al adversario.

Y que perdido el equilibrio, Goula, en el suelo, adelantaba los brazos hacia una de las dos pistolas caídas en el estrecho pasillo.

Pisoteó con saña la mano, y después aplicó un puntapié que le recordó sus tiempos de jugador de *rugby* en el equipo de la Escuela de Comercio.

Se quedó resollando, mientras arrodillado recogía las dos armas. Nunca había tenido entre las manos, un arma. Se había visto libre

de servir, por su condición de hijo de viuda…

Y entonces ocurrió la tercera aparición del caso de legítima defensa.

Al extremo del corredor acababa de presentarse Eligió Rojas, el doctor, que también llevaba en la diestra una automática, y disparó…

Era innegable que su blanco era Camden, pero el suizo escogió el peor momento para enderezarse y abrazar la cintura de Camden.

Logró derribarle, pero coincidió su triunfo muy provisional, con el disparo de Rojas. La bala se alojó en su carnosa espalda, y sobre los codos, apoyado en el suelo, Austin Camden sintió sobre el cuerpo la presión del muerto…

Al avanzar corriendo Rojas, salvaje el rostro sudoroso, comprendió Camden que la segunda bala no penetraría en el cuerpo de Baumann, sino en su cabeza.

—¡Tire la pistola, y quédese quieto, Rojas! —gritó.

Pero ya el paraguayo bajaba el cañón de su arma… Camden apretó con el índice de cada mano.

La pistola de la zurda, saltó por el aire, al sorprenderle el latigazo de la culata poco apretada en la palma. Pero la diestra, aguantó el brusco empinamiento del disparo…

Vió como Eligió Rojas, en pie, hacía una mueca de asombro, mientras su pistola crepitaba, hundiéndose los balazos convulsivamente disparados en estertores, en la alfombra de junquillo, levantando astillas.

Eligió Rojas permaneció un instante tambaleándose rígido, y se desplomó a un lado, chocando contra la puerta marcada con el número tres.

Había ya Camden logrado desembarazarse del peso que gravitaba sobre él.

Era terco aquel maldito capataz. Le veía desde unos segundos antes, arrastrarse y ahora tender la diestra magullada y rojiza hacia la pistola caída de manos de Rojas.

Camden repitió su puntapié, esta vez, de lado…

Y con las pistolas aun humeantes en la diestra, se adosó a la puerta cerrada de su camarote. Respiraba fogoso, ansiando que aparecieran más energúmenos cuyo principal argumento era llevar en la diestra una pistola.

Miró el compacto grupo de los tres hombres, inmóvil, contorsionado.

¿Baumann en complicidad con Goula y Rojas? Era incomprensible, decidió, mientras recogía del suelo las dos pistolas, colocándolas una en cada bolsillo, manteniendo la tercera bajo su sobaco, sin dejar de mirar la bocana de entrada al corredor.

Goula estaba con los otros dos, fuera de combate, por algún tiempo.

Caminó sin cautela, corriendo, pero apretada en la diestra la culata de la pistola propiedad de Baumann o de Goula… No se detenía a reflexionar.

Sólo sabía que estaba siendo objeto de injustificadas agresiones. Surgió al corredor que conducía al comedor, y a la vez que sonaba un estampido, algo quemante se incrustó en su hombro derecho.

El impacto le hizo saltar hacia atrás, y una voz gritó:

—¡No dispare, Camden! ¡Ya está cogida la leona!

En el velo neblinoso que iba cubriendo su visión, Camden tuvo aún tiempo de identificar a Albert Morier que agitaba los brazos en aspa, desde el fondo del comedor, mientras veía a una mujer, de frente, debatirse cogida por los codos, desde atrás.

Fue resbalando lentamente sobre su costado, hasta sentarse…

—¡Los liquidó, los liquidó! —oyó gritar a Albert Morier.

Después, siempre envuelto en nubecillas blancas, vió inclinarse sobre su rostro, el de Mabel Barley, que plasmaba una admiración intensa.

Quiso ponerse en pie, y fué entonces cuando perdió el sentido.

CAPÍTULO VIII

Miró su reloj. Las once menos doce minutos… Respingó.

Estaba sentado en el comedor, desnudo el torso, vendado todo el hombro derecho y con una ancha tira blanca en rededor del pecho.

Era Mabel Barley la que le pasaba por la cara aquel pañuelo oliendo a lavanda, que retiró al verle los ojos abiertos.

—¡Tenía razón Morier! ¡No es grave su herida, Austin! Me lo juró mientras le extraían la bala… Ha sido usted todo un valiente, aunque esto ya me lo sabía, pero dejar fuera de combate al suizo, a los dos pistoleros paraguayos… ¡Dígame que se encuentra bien! Me dió miedo verle allí, sentado… después que la fiera disparó… Claro que fué el momento que pudo aprovechar el capitán… Nos tenía a los tres…

Austin Camden alzó la mano izquierda para atajar aquel aluvión de palabras y de frases sincopadas. Se encontraba como cuando se levantó de la cama, aquella vez que hubo epidemia de gripe.

Muy flojo. Ella cogía un vaso, y le decía:

—Beba y se encontrará en la forma habitual, Austin.

Bebió toda la copa, sintiendo un agradable calor. Era coñac. Mabel se apartó…

Gerard Morier ostentaba una expresión jubilosa, pese al surco rojizo que le cruzaba la nariz y la mejilla izquierda.

—Estuvo usted soberbio, Camden. Por más que me esforzaba en imaginar que usted no se dejaría matar… cuando oí los tiros, y vi que Rojas iba de refuerzo, me entró el desaliento. Ellos decían que usted no llevaba armas.

—No las llevaba. Pero concretemos, capitán. Yo sé lo que hice y quién me ha curado. Concrete lo sucedido.

—¡Es fenomenal, de veras, amigo mío! Ha liquidado a tres

sujetos peligrosos a más no poder, ha esquivado por milímetros la muerte, y tan campante, habla con una seriedad de juez.

—Es su estilo. Un gran estilo de «condottiero» moderno —dijo Mabel Barley a un lado.

Austin Camden cogió el pañuelo de manos de ella, y se lo aplicó en la frente, oliéndolo después. Dijo:

—Les dejé jugando al *bridge* a las diez menos siete minutos. A las diez y diez, abandoné mi camarote, para verme frente a Baumann…

—¡El condenado suizo! Verá lo que pasó… Baumann decidió jugar fuerte. Había ya cobrado una mitad, y estaba inquieto. Hemos encontrado en su cabina, un papel escrito por Rojas. Le decía: «Si se pone de nuestro lado, las armas confiscadas, le valdrán salvar la vida, y ganar el doble».

—Decidió ponerse al lado de Rojas.

Estaba Camden impaciente por saber qué suerte había corrido la mujer que disparó contra él.

—Baumann no las tenía todas consigo, y por esto se avino a secundar los propósitos de Rojas. Mi hermano estaba en las máquinas y yo en el puente, cuando decidieron dar el golpe. Yo no esperaba novedad hasta el faro, puesto que estamos aún en aguas argentinas. Vino a buscarme la paraguaya, pidiéndome un calmante para el dolor de cabeza. Fui con ella al comedor, y me encontré cogido entre dos pistolas. La de Rojas que mantenía vigilando a la periodista y la de la paraguaya.

—¿Y sus hombres?

—Tenían la orden a partir de las diez, de estar solo atentos las máquinas, rumbo y carga, pasara lo que pasara. Si oyeron los disparos, no era cosa suya. A mi hermano, lo atrajo también ella. Entonces. Baumann apareció, y se le unió Goula. Les dijo Rojas, que esperasen a que usted saliera, y que lo liquidasen. Oímos los disparos, y como había dicho Rojas que usted no llevaba armas, perdimos la esperanza. Nos dejó Rojas un instante, al tardar en volver los otros dos, y renació la esperanza al oír más disparos… Y puedo afirmar que usted ha salvado la situación. No me equivoco yo cuando juzgo a un hombre.

—¿Murió el suizo?

—Dos balas por la espalda.

—Las disparó Rojas. ¿Este qué?

—Un tirador como usted no tiene por qué preguntar. Un balado en el estómago y otro en el costado izquierdo. Mortales de necesidad.

Austin Camden dijo suavemente:

—Tuve que defenderme, ¿no? Le advertí que no me disparase, pero se dispuso a hacerlo.

Había matado a un hombre, pero cualquier tribunal le absolvería, y su conciencia nada le reprochaba.

—En cuanto al capataz, está materialmente inutilizado para unas cuantas semanas. Mi hermano lo entablilló y le encajó las mandíbulas, antes de dejarle en la litera del sollado.

—¿Y… qué ha pasado con ella?

—Es una tigresa. Cuando usted apareció, me dio tiempo a cogerla por los codos, pero aun así logró arañarme, y a no ser por mi hermano, que la desarmó, lo hubiera yo pasado mal. La hemos encerrado en su cabina, atada de manos. Es una tigresa feroz.

—¿Y ahora, qué? —intervino Mabel Barley.

Hubo cierta inquietud en la mirada del belga.

—Usted es periodista, pero no tiene por qué citar mi barco, señorita Barley. Si ha de hablar de esta gente, puede darle más colorido a sus relatos, achacando los hechos a Moyendo. ¿Me entiende, señorita Barley? A mi hermano y a mí, nos perjudicaría mucho todo este embrollo si se publicase. Es un ruego que le hacemos.

—Pero si esta gente eran enviados por el Gobierno…

—No es necesario que se publique que murieron aquí. Yo los entregaré con las armas, a los de Moyendo. Voy a mi puesto, porque nos vamos acercando a las aguas neutras.

Salió Gerard Morier.

Mabel Barley sacudió la cabeza.

—¿Usted va a tolerar que entreguen a Moyendo a los dos que están con vida, Austin?

—No creo que ellos acariciaran ideas de benevolencia con respeto a usted, Mabel. Ni las demostraron conmigo, pero no obstante, estimo que Goula y Encarnación no figuran en el compromiso de entrega.

Sonrió ella, admirada.

—Es usted grandioso, Austin. Sabe compadecer al que pierde,

como los buenos jugadores, sin envanecerse ni enseñarse, al revés que Morier. Yo me guardé su americana, Austin. Siguen en ella los dos revólveres, y este otro que recogí cuando usted se quedó sin sentido. He hecho también la recogida de las cartucheras que en los bolsillos llevaban Rojas y Goula.

—Un arsenal. Guarde una, por si acaso.

—¡Eso es! Usted dirige la operación. ¡Qué reportaje más formidable!

—Pero me ha prometido no mencionarme. Cumplirá.

—No lo dude. A mí, las veladas amenazas de Morier no me asustan; en cambio, su amable estilo me da frío. De veras: ¿dónde va ahora?

—A sugerir a Morier una amigable componenda. Vaya mientras a tranquilizar a Encarnación.

—Tiene la llave del camarote en que está encerrada, el oficial maquinista. Iré a montar la guardia en el pasillo —declaró ella, con excitación—. No le ofrezco mi brazo. Está usted chapado a prueba de balas.

Austin Camden sonrió, poniéndose en pie, y ayudado por ella, revistió la americana, sosteniéndose el brazo derecho entre las solapas.

Se dirigió al entrepuente, subiendo la escalerilla que conducía a los privados dominios de Gerard Morier.

Una noche espléndidamente estrellada, densamente oleoso el plácido río, fresco el ambiente.

Lucecitas lejanas, y un graznar de aves brotando de las sombras de un islote a babor.

Subía lentamente, firmes las piernas, pero sintiendo a instantes un agudo pinchazo en el hombro, y repentinos sudores.

Seguramente tenía fiebre. Confiaba en que Albert Morier habría desinfectado con alcohol la herida, y los instrumentos que hubiera empleado para la extracción.

Pisó la cubierta alta, decidido a no pensar en su parte activa en la reciente mortandad. Tenía que mirar al frente, donde había un edicto.

En la cabina encristalada, Gerard Morier asomó el busto por el marco, tras bajar un cristal:

—Allá, a ocho millas, el faro de Vera. No puedo inscribir en mi

libro lo que acaba de ocurrir, ya que dos han quedado con vida. Tendré que escribir que bajaron a tierra en Pilar. ¿Sigue en pie la primera solución, Camden?

—Antes era grave, y ahora se ha agravado el caso, Morier. Si Moyendo no domina como prometió por mediación de Peña, la frontera, a partir del faro navega usted a merced del azar.

—Ésta es exactamente mi mala posición. Decida usted.

—No decido, sino que sugiero adoptar la segunda solución.

—¡Acertadísimo! Yo puedo mantenerme anclado tras rebasar Posadas, y usted en mi lancha motora con uno de mis hombres, se llega hasta Pilar.

—¿Cómo se llama el enviado de los Ribaud que espera en Pilar?

—Romualdo García, un baqueano al servicio de los Ribaud.

—Atraque pues, tras rebasar Posadas, y avíseme cuando la motora esté dispuesta. Iré a Pilar. ¿Qué ha hecho con Rojas y Baumann?

—Seguirán el camino que siga la carga. Ha de ser Moyendo o el fondo del agua…

—Goula vive.

—Arréglelo con Moyendo. Yo tengo prisa por deslastrar mis calas.

Austin Camden dijo con demasiada indiferencia:

—Dejaré en Pilar a Goula y a la mujer.

—¿Cómo dice, Camden?

—Lo que oye, estoy facilitando la tarea.

—Pero, suponga que en Pilar están los del Gobierno…

—Espero comprobarlo.

—¡Y la tigresa también! En fin, Camden, no se ponga tieso. Usted sabe mejor que yo, lo que le conviene. Por mí tanto mejor. Tardaré en meterme en nuevas aventuras. Yo no tengo su temple y práctica. Ésta es la llave del camarote donde mi hermano encerró a la tigresa. Hay más… La periodista… Trate de convencerla de que se limite a hablar de Moyendo.

—Es quien le interesa.

Austin Camden descendió la escalerilla, aspirando el aire fresco. Sentía mucho ardor. Era la fiebre inevitable.

No encontró cómica la aparición repentina de Mabel Barley, agitando nerviosamente la pistola.

En aquel ambiente todo resultaba adecuado.

—Es usted… —respiró ella, sonriente.

—Voy a irme en lancha motora hasta Pilar, mientras el barco esperará sin rebasar la línea fronteriza.

—Yo no me quedo. Usted va a llevarme… Tengo que entrevistarme con Moyendo.

—Escuche, Mabel. No quiero que ella —y señaló Camden hacia la puerta del camarote cuatro— se quede aquí. Me resultaría desagradable violentarla, si pretende oponerse. En la lancha, vigílela.

—Lo haré, descuide.

Austin Camden, al entrar en la cabina, se vió reflejado en el espejo. Por camisa, un vendaje y blanco el rostro donde ardían los ojos, resaltaba más el rojizo de sus cabellos.

Encarnación Baez estaba sentada, con las manos invisibles, reclinada contra el pie de la litera.

—Lo siento —dijo Camden.

Lo que pudiera parecer burla, en sus dos palabras, tenía tanta sinceridad, que ella, contestó sin acritud:

—Les advertí a ellos que tuvieran mucho cuidado. Creyeron sobrarse. ¿Qué piensa hacer conmigo, Camden?



Charles Baumann y Louis Golu, encañonaron a Camdem...

—Me gustaría contar con su palabra de que no me pondrá en la violenta obligación de volverla a atar, señorita Baez.

Fue desde atrás, tanteando los nudos que unían las dos manos con la pilastra metálica. Sólo podía emplear la izquierda.

Los negros cabellos tenían un leve aroma, muy discreto, tenue. No era perfume de loción. Había aspirado aquel olor en hierbas

montañeras.

Ella ladeó un poco la cabeza.

—Los hombres de mi comarca no se comportarían así con una mujer que falló por poco su intento de matar. ¿Qué oculta tras esta cortesía, Camden? Es desconcertante…

—Tengo que ver lo que sucede en Pilar, antes de que el barco prosiga. Iré en una motora de los Morier, con la señorita Barley. Es mi intención llevarla a usted.

Ella se miró la mano que acababa de soltarse. Después hizo jugar los dedos de las dos.

Unas manos expresivas, artísticas, meditó Camden, incorporándose. Sentía la sangre recorrer ardiente su organismo, y abrió el grifo dejando correr el agua sobre el pañuelo, que estrujado se aplicó en la frente.

A su lado, Encarnación Baez mirándose al espejo, ahuecó con el peine su cabello, manteniendo entre los dientes, varias horquillas.

Su blusa estaba desgarrada en varios sitios. Su voz pareció tajante, porque mantenía entre dientes una horquilla, acabando de recomponer su peinado:

—¿Piensa entregarme a Moyendo?

—No le pertenece a él ni a nadie, juzgar sus actos. Usted y su capataz se irán cuando le parezca bien a usted. Supongo que conocerá bastante la comarca, para elegir el camino que más le convenga.

—No acabo de entenderle… Un hombre de mi comarca…

—Soy de otra comarca —sonrió Camden—. ¿Era usted la que se hizo pasar por hermana de Peña, allá en la casa de Luján?

—No era yo. Era Linda Morán, la muchacha a la que amaba Peña. Se avino a cobrar de Rojas. Ella fué la que mató a Peña.

—¿Los otros dos y Andrés?

—La familia de Linda.

—Una familia bien unida.

—Estarán ya con Yaguarón.

—¿Yaguarón?

—No crea que me engaña su aparente ingenuidad. Usted sabe muy bien que Rojas era el abogado consejero de Yaguarón, el peor enemigo de Moyendo.

—Morier creía que usted y Rojas eran agentes del Gobierno.

—Morier es un ambicioso cobarde. No es como usted. Todavía no acabo de ver su intención, Camden… pero me da el corazón que usted no me engaña. Yo le prometo que si puedo escapar… no habrá de temer nada de Yaguarón. No haga como Moyendo que desdeña a Yaguarón, porque es un guaraní inculto. Tiene muchos partidarios Yaguarón.

—Usted… ¿pretendía apoderarse de las armas para Yaguarón?

—Eso quería Rojas, y cuando convenció a Baumann, dió por seguro que se harían los amos del barco.

—¿Yaguarón es un político desterrado?

—Fué coronel de baqueanos, y los destituyeron por robo a mano armada. Mi marido era su mejor amigo. Y él me respetaba… pero ahora…

Austin Camden salió de su embrujamiento. Llamaban en la puerta y abrió.

Mabel Barley dijo:

—Morier se dispone a anclar, Dice que cuando usted quiera.

Las dos mujeres se miraban agresivamente.

—No debió desatar a esta salvaje, Austin.

—Espere arriba, Mabel. Tengo que recoger unos papeles.

Iba la periodista a decir algo, pero se contuvo, interpretando como amenazadora, la mirada febril.

Se oyó decrecer su taconeo. A espaldas de Camden resonó rencorosa la voz de Encarnación Baez:

—¿Qué clase de marimacho es esta periodista? ¿No hay cocinas en su comarca? No me diga que yo tampoco estoy donde me pertenece, porque soy de otra clase. Y además, fué un hombre de Moyendo el que mató a mi esposo.

Austin Camden asentía, atravesando el corto trecho que separaba los dos camarotes. Introdujo la cartera entre su pantalón y «*slip*», apretando de nuevo el cinto.

Podía sólo emplear la mano izquierda.

—Si es verdad que piensa dejarme escapar… ¿qué va a decirle a Moyendo? Se pondrá furioso cuando sepa que yo… No puedo creer que usted vaya a entregarme a Moyendo. Pero me está vigilando…

—Morier la llama tigresa.

—Puedo serlo con los reptiles. Usted no lo es. Camden. Usted no es un bravucón… Pero usted no se piense que así con las manos

libres, accederé a que me lleve hasta Moyendo.

—Cuando tomo una decisión, no me desdigo. De todos modos, usted primero.

Ella obedeció. Había recogido un amplio chal con el que se cubría los hombros, ajustándolo delante, con sus manos cruzadas.

Caminaba sin prisa, erguida. Tenía arrogancia.

En el entrepuente, los dos hermanos Morier esperaban. Dijo el maquinista:

—Goula ha muerto. Una hemorragia… Hice lo que pude, pero no soy especialista. ¿Hasta qué hora esperamos su aviso, Camden?

—Lo ignoro. Trataré de encontrar a Romualdo García, lo antes posible.

En francés prosiguió Albert Morier:

—Tenga cuidado con esta mujer. Mientras deliraba, el paraguayo la mencionaba, llamándola «coronela». Ojo con ella.

Austin Camden seguía escaleras abajo a los dos marinos. El barco se había inmovilizado, sin trepidación, meciéndose. Suspendida en los garfios, se alargaba en el aire al extremo de las dos poleas, la estilizada lancha, mientras dos tripulantes esperaban junto al torno de arriada.

—Llevaré yo la lancha —dijo Albert Morier—. Acabamos de oír por la radio las noticias argentinas de la emisora de Posadas. En Pilar están peleando Moyendo y un bandido llamado Yaguarón. Desde ayer noche, y las fuerzas del Gobierno, han roto la resistencia de los guerrilleros de Moyendo en Confluencia. Le dejaré lo más cerca posible de Pilar. En estas aguas, el barco no corre peligro.

Mabel Barley se aproximó a Camden. Murmuró:

—He oído la radio, Austin. No debe ir ahora. Espere al día, y sabremos a qué atenernos. Parece que los combates van a ser decisivos… Mi reportaje no quiero que sea escrito por otro, en tonos fúnebres.

Albert Morier estaba ya en la lancha, manipulando en el cuadrante bajo el parabrisas.

Encarnación Baez, sentada bajo la toldilla de popa, acurrucada en su mantón, miraba a Camden.

—Tan pronto encuentre a Romualdo García, volveré, Morier. Ya convendré con su hermano, sitio y horas en que la lancha ha de esperar.

Entró en la lancha, sentándose al otro remate de la herradura almohadillada bajo el toldo.

La lancha descendió. No comprendió por qué la periodista agitaba la diestra con el rostro contraído en mueca triste, como si despidiera a un hermano que parte al frente.

La lancha se posó en la ancha superficie lisa, y bamboleó unos instantes, mientras Albert Morier quitaba los garfios.

El motor emitió unas toses asmáticas, petardeó y embalada, levantó penachos blancos a los lados.

Austin Camden agradeció el embate del viento desplazado por la rápida embarcación.

En rededor no se veían más que densas sombras, entre las que pestañeaban lucecitas lejanas, entre ellas la roja de posición del Barco de Brujas.

La lancha cortaba las aguas como una saeta, minúscula en aquella silenciosa inmensidad, donde sólo el motor roncaba estrepitosamente.

Y el silencio se hizo más denso, cuando cesó el vibrar, y llevada de su impulso, la lancha amenguando su velocidad, se bamboleó hasta detenerse.

Señaló Morier un punto a la izquierda, donde había un resplandor rojizo.

—Pilar. Si sigo adelante oirán el motor los aduaneros, sean leales al gobierno, a Moyendo o a Yaguarón. Tome esta linterna, Camden. Ahora le dejaré allí, y con media hora de marcha llegará usted. En este mismo sitio… —se inclinó hacia delante, para susurrar al oído de Camden—… a cualquier hora y momento, si usted enciende y apaga cinco veces seguidas la linterna, o cualquier mechero, le recogeré a usted o a quien envíe. ¿Me llevo a bordo a la leona? Mala compañera de excursión, Camden… Bien, usted sabe lo que se hace.

La lancha se había acercado a lo que parecían ser árboles, emergiendo del agua.

Estaba Morier empleando una pértiga, y después una cuerda con la que rodeó una de las pilastras.

—Es el embarcadero de las Ranas. Vienen de día a pescar. Ya sabe lo convenido, Camden. No seguiremos río arriba, sin su aviso. Suerte.

Desde la lancha a los maderos horizontales pudo auparse en esfuerzo de contracción sobre su mano, codo y hombro izquierdos, ayudado por Alberto Morier.

En pie, tendió la zurda, que fue asida por Encarnación Baez. Se restableció ella en su equilibrio enlazándose a su cuello.

La lancha se separaba empujada desde estribor por la pértiga, recogiendo la cuerda, el que poco después volvía a poner en marcha el motor.

En el agua fue borrándose el surco blanco, y disminuyendo el rumor del motor.

Contra las pilastras, las ondas de la resaca artificial promovida por la hélice, daban sonoras palmadas.

Fue imponiéndose el silencio, y oyéronse las ranas croar. De vez en cuando, un graznido siniestro hacía cesar el canto de los batracios.

Ella caminaba hacia tierra firme, acompasando su andar al de Camden.

Al término de la estrecha y larga plataforma, había un cañaveral, y hacia el norte, la ribera estaba despejada en varios metros entre la franja líquida, y la obscura vegetación.

El resplandor rojizo señalaba en el horizonte, la situación de la ciudad fronteriza paraguaya, en la que desde la noche anterior libraban escaramuzas Moyendo y Yaguarón.

CAPÍTULO IX

—Usted sabe lo que mejor le conviene. Hacia el sur, no hay peligro para usted.

Camden se había detenido a la izquierda de las últimas pilastras. Bajo las suelas, se hundía el barro.

Ella apretó más estrechamente su mantón. Resaltaban la blancura de sus manos y rostro.

—No entiendo el francés muy bien. Pero ya le decían quién era yo. Lo oí. «La coronela»… Ya lo sabe, ahora. Me llaman así porque Yaguarón me tenía respeto, y sus hombres así me llamaban. Y oyó a la periodista. Están peleando… ¿Quiere que le fusilen los de Yaguarón?

—Nos vamos a despedir, y he de poner en claro varios errores. ¿Por qué me quisieron robar la cartera?

—Usted le traía dinero a Peña.

—Ni un dólar. Ni sabía nada de las armas, y de los compromisos particulares que contrajo Peña con los Ribaud. Pero tengo que obtener la firma de los Ribaud, y por eso quiero entrevistarme con el hombre que han enviado a Pilar.

—Romualdo García, uno de los mejores veteranos de la selva. Sabe seguir el rastro de un lagarto por tierra de roca. Es libre. No es partidario de nadie.

Austin Camden quería irse, pero el barro parecía retener sus piernas con adherencia invencible. Ella se aproximó más, para decir bajando la voz:

—Yo no le comprendo, Camden; no le comprendo. Los otros cobardemente aceptan que usted vaya solo… No debe tener tanta confianza en su valor ni en su buena estrella. Si los guaranís de Yaguarón le cogen… mejor que se pegue un tiro. Yo no me acercaré

a la ciudad hasta que sepa… ¿Puedo irme, de veras?

Un faro entre el embarcadero y el resplandor, destellaba muy brevemente, a espacios prolongados, de unos dos minutos, en la ribera opuesta.

Austin Camden se pasó la mano por la frente. Ya no ardía. Eran frías sus palmas, su piel, y sentía sólo que era incapaz de irse.

Encarnación Baez levantó una rodilla, quitándose el zapato. Repitió el gesto, y escondió bajo el mantón los dos zapatos.

—De todos modos, usted no permitió que me pasara nada malo, Camden. La periodista le llamaba Austin. Está flechada, como dicen en todas las comarcas. Pero es de otra raza… Se quedó allá, muy a cubierto de riesgos. No somos así por acá. Seguimos hasta el fin a nuestro hombre.

—Ella y yo nos conocidos…

Titubeó él. ¿Cuándo? ¿Ayer, hoy, años antes…? La noción del tiempo se esfumaba.

—No importa cuándo. ¿Por qué no se va, Austin?

Miró él su reloj, proyectando en haz el foco de la linterna. Apagó.

—Pasan veinte minutos de la medianoche —dijo incoherentemente.

—Yo podré llegar a Posadas en una hora a lo más. Usted si sigue la ribera, tardará unos veinte minutos, pero tropezará con baqueanos… Si son los de Moyendo, la estrella le luce.

—¿Me lo desea?

—Usted estará acostumbrado a la idea de que no morirá viejo. ¿Qué he de contestarle? Yo quiero que Yaguarón extermine hasta el último brote de vasallos de Moyendo… Pero no lo comprendo. Le disparé a matar… y ahora no quisiera que le matasen. No mira usted como los demás. Los demás solo piensan en una cosa al mirarme… Usted es distinto… Váyase. Y… gratitud no le tengo… pero no le deseo mal… ¿No se va?

Austin Camden señaló hacia el sur.

—Tampoco yo le deseo mal alguno. Cuando se está así, a solas, ignorando lo que nos espera, existe mucha diferencia en todo… Es un instante fugitivo que nunca volverá. Por eso, no me apresuro en romper el hechizo incomprensible de este momento… El olor de la noche es diferente, y los rumores tienen misterios de siglos… Sé que

es la fiebre la que me hace hablar así.

—Por mi culpa, no podrá usted emplear la mano derecha, cuando le ataquen, si como deseo con toda mi alma, Yaguarón ha aplastado con sus tacones los sesos de Moyendo, el tiranuelo orgulloso. Usted no puede cambiar las cosas. Espere al amanecer, que la noche es muy traidora por la ribera, mientras combaten allá.

—¿Por qué cambia su alma, cuando menciona hombres que entre sí pelean con ambiciones más o menos idealistas? No creó el Sumo Hacedor a la mujer para intervenir en luchas sórdidas.

—Y en nuestras comarcas, no intervenimos. Obedecemos. Fue Yaguarón el que me ordenó que tomara el barco belga, y obedeciera a Rojas. Sabía que las armas destinadas a Moyendo, podían ser para sus guaraníes. Pero Rojas fué torpe al no adivinar todo tu valor. Se equivocó, tomándote por un yanqui frío, sin sangre. Te llamaba «oficinista», el pobre tonto. No vió que no necesitabas de bravuconerías, porque eres del temple de los bravos. No debes ir hasta el amanecer a Pilar. Piensa en tu herida, y en la noche traidora de las riberas. Espera que amanezca… Nos separaremos entonces, y cada cual a su destino.

—Tengo una misión que cumplir.

—Dijiste antes que eran momentos fugitivos, y hablaste de un hechizo. No hay hechizo… Es esto… Hallamos los dos hablando sin odio, sin recelo… Tu nobleza que perdonó… y mi remordimiento por no poder odiarte. Me mataría Yaguarón si me oyera…

Debía ser un principio de delirio febril. Las palabras le llegaban casi como un rumor más en la soledad. Y caminaba alejándose del barro.

En su mano izquierda, fría, notaba la tibia presión de la mano femenina. Y no había equívocos ni malsana sensación en la proximidad mutua.

—Amanece pronto, y podrás entonces ver tu senda. Los baqueanos de Yaguarón tienen pocas municiones, y por eso las llevan en un saquito de piel, colgando del cuello. Así los reconocerás. No son como los perros de Moyendo, que visten presumidos, porque él tiene dinero sobrado, y les proveyó de cartucheras dobles, que les cruzan el pecho. Pero son mejores los caballos de los baqueanos, que no son bastardos como los de las corraleras compradas por Moyendo. Aquí podemos ver llegar la

amanecida.

Austin Camden percibió la suavidad del musgo, bajo la arcada natural de copioso ramaje de un árbol, en cuyo tronco se apoyó.

Reconoció al tacto la pulida corteza del «lapacho», que proporcionaba vigas de más de veinte metros, imputrescible, con un peso específico de 0’920 a 1’090…

Un tronco de una anchura semejante a la sequioia.

Se sentó, porque la mano en su zurda, le atraía en muda invitación. Y sobre su hombro sin herida, notaba el redondo contacto del hombro femenino.

Dos seres sin raza, sin otro pensamiento, que prolongar aquella soledad tan henchida de excepcional verdad, en su fugaz esencia, donde debía olvidar él su arraigada costumbre de razonar lógicamente.

—¿Qué aspecto tiene Moyendo? —inquirió.

Veía en su imaginación, a un atlético jinete, moreno, dominador, acariciando cabelleras sedosas, ajusticiando con salomónica equidad…

—Es inteligente, pero enfermizo. Sabe pagar a los otros para que luchen, y entiende de emboscadas y estrategia, pero sentado en un sillón, y muy abrigado, porque una dermatobia le produjo la fiebre del frío. Es pequeño y calvo, y presume de manos de marfil. Fué Ministro de Comercio hace tres años.

—¿Qué es una dermatobia?

—Una larva que incuba bajo la piel, allá por el Alto Paraná. Es hermosa cuando se transforma, porque parece una mariposa. Hay muchas mariposas en mi comarca. Yo nací en Ayala, al norte. Teníamos un molino, y mi padre quiso que estudiara porque ganaba mucho dinero.

Camden escuchaba cerrados los ojos. La voz; evocaba cuadros y escenas por completo ajenas a su mundo.

No miró su reloj.

—… Y si Yaguarón es vencido, regresaré a Buenos Aires, porque allí viven de otro modo. No reniego de lo que es mi comarca, sino que muerto Yaguarón, cumplido queda lo que le prometí. Obedecí como era mi deber.

Un sopor invadía el cerebro de Camden. Una sensación agradable, distinta al letargo de fatiga. Era como si la voz cálida, y

el aroma de los cabellos, le proporcionaran la definitiva calma que precede al sueño.

Hacía ya un instante que ambos habían girado lentamente el rostro. Se miraban en silencio, sin inquietud.

Aquel día había conocido por vez primera la pasión de luchar. Y conoció lo que era la pasión irrazonable, avasalladora, que incendió su sangre en oleada de instinto arrollador, primitivo.

* * *

Había bebido un jugo acremente fresco. Lo recordaba perfectamente, porque reía mientras ella estrujaba sobre su boca, el racimo, explicándole cómo se llamaba aquella uva silvestre.

Y después se durmió en el regazo femenino. Despertaba ahora sin sobresalto, aunque una sombra se cernía sobre él.

La noche estaba lejana. Tardaba en coordinar. El sol no atravesaba la arcada frondosa… Miró su reloj. Se había parado, marcando las dos y cinco…

—Romualdo García, servidor de usted.

Austin Camden se incorporó, reclinándose de espaldas contra el ancho tronco liso. Se pasó la mano por la frente.

Aquel hombre tenía una traza irreal. Un sombrero de alas levantadas, una camisa sucia en su amarillento rayado, un ancho cinto de cuero con placas de metal cobrizo, unos bombachos azules, unas botas negras, con larga espuela, un pañuelo rojo al cuello, y un corto látigo, colgando de su muñeca izquierda.

Ancho, basto, y con ojos de brasa, luciendo en la morena faz. Muy largos los cabellos canosos.

Bajo el espeso bigote, los dientes amarillos volvieron a mostrarse.

—Romualdo García, servidor de usted.

Buscó Camden en rededor. Cañaveral, lianas, y más allá, barro, el embarcadero…

—No se fatigue por mí. Ya sé que se hirió, y que me buscaba. Le dió la fiebre, me contó ella. Supo pronto dar conmigo, porque es lista la coronela. Se corrió su riesgo fuerte la coronela, para llegarme. No se fatigue por mí. Yo le hablo. El señor Arthur está en el barco hace ya sus horas. Yo quedé aquí, donde me trajo la

coronela. No le mire allá, porque ella se quiso volver hacia donde quiso.

El baqueano señaló hacia el norte, con la mano izquierda.

—Lo supo y le entró hervor. Le quería como a un padre al Yaguarón y le dió hervor cuando supo que el Yaguarón se perdió con los suyos, y lo hizo fusilar el señor Moyendo. Pero tengo para mí que lo que le dió más hervor, fué saber que el señor Moyendo tenía firmada la paz con los del Gobierno. Parece que llevaba tiempo en habla la paz, porque el señor Moyendo tenía sus muchos amigos en las ciudades y en la capital.

Austin Camden dió cuerda a su reloj, y preguntó:

—¿Qué hora es?

Se fue levantando, permaneciendo un instante apoyado en el árbol.

El baqueano hizo visera con su zurda, mirando hacia el río.

—No le eche mucho más a las ocho, y pongamos que no son las nueve. Estuve liando cigarrillos, y me amaneció liando el segundo y he tirado hace poco el quinto. Dele a su reloj las ocho.

—¿Quién es el señor Arthur? ¿No será Arthur Ribaud?

—El mismo. ¿Pues quién iba a ser, si no? Es mi amo. Está en el barco, y le agradó saber que todo estaba como le dijo al muchachito. Mala suerte tuvo el muchachito, pero se la acerté. No le había mejor, apartándome a mí, por los vericuetos. Pero debía perderle su afán de quitarse las espuelas para calzar escarpines de baile, y enamorarse de pitongas como la Linda. Si no echa usted una mano, se le va la hierba al señor Arthur. No le busque barca, que por allá, si me sigue, le llegamos y nos ven. ¡Asoma, «jiá»!

La última exclamación, provocó la aparición de un caballo de corta alzada, larga crin y sucio color castaño, con manchas blancas.

—Es mi «Chacarera», y aunque es hija de mi «Lomera», no le doy el retiro, porque sé que le herviría el alma de pena. Le voy delante, si no se lo toma a descortesía, pero le atajaré camino no yendo por la lodazera.

Asiendo la brida, el baqueano añadió:

—Móntela, que tiene fiebre, y que lo sepa, que es por aprecio. No la montan más que mis calzones a la «Chacarera», pero usía es alguien. Lo juró la coronela, y no le hacía la falta. Si ella arriesgó por avisarme donde encontrarle, es que usía es alguien. Valiente lo

es cualquier hombre… No le suba por este lado, señor… ¡Quieta, «jiá», majaderilla!… Vas para chocha, ¿o no sabes verlo que si le dejo es porque quiero, necia?… No coja las bridas usía, sino el pomo. Ella no aguantaría tanto… Y como le decía, valiente lo es cualquier hombre, cuando la canina asoma, y hay que tajear por lo recto. Lo duro es no darle látigo a quien nos hiere, y ella le hirió. Seguro que si me la coge el señor Arthur, la manda al señor Moyendo. Pero ella sabía que yo soy Romualdo García, servidor de usted, y no me presto a nadie, sino que sirvo en los vericuetos al que me dió casa para los míos.

El baqueano, andando por entre el cañaveral, parecía siempre a punto de tener que retroceder, y sin embargo siempre seguía andando, como si supiera dónde se hallaba la brecha por la que pasar.

Se rascó con la zurda el cabello que se ensortijaba sobre su nuca.

—Lo que me da recelo, es eso de que a usía no se le trabe la lengua, con tantos parlas que se sabe. Me dijo el muchachito que usía le hablaba todas las lenguas de afuera.

—¿Por qué volvió ella a Pilar, señor García?

—Por años bien que me de trato fino, y las gracias le doy. Ella no fue a Pilar, porque viéndola a la luz del día, la despellejan. Lo que intenta es bonito, pero majadería. Lo leí en su cara bonita, cuando le oyó que Yaguarón ya no estaba apretando los calzones al lomo de su potro, sino fangueando un hoyo, y relleno de plomo. Todos dicen que Yaguarón le era un solemne bandolero. Pero la coronela no piensa así. Y si no se le pasa el hervor, tratará de matar al señor Moyendo. No hay que discutir con ellas, que no atienden a razones. Fíjese usía que la coronela me tiene creencia, y yo le señalé el sur. Pues, ¿qué hizo ella? Al norte.

El sendero desembocaba ahora en declive sinuoso hacia la ribera. Divisábase el barco anclado.

—Nos vieron, y le voy a dejar, hasta que me de orden el señor Arthur de caminar a donde sea. No se baje usía hasta que no pare yo, y se lo diga a ella. No está acostumbrada a eso, y se pone temblorosa.

—¿Usted qué cree que…? ¿Dónde puedo yo encontrar a la señorita Baez?

—La señora Baez tratará de llegar a Asunción, y por el camino le

pasará el hervor. Es así la mujer más noble. Se encabrita, pero se remansa. No es necia, y sabrá que sólo morir joven y bonita, le espera en su comarca. Yo no le doy a nadie la razón, pero el Yaguarón era un mal hombre, aunque con ella fuera persona. Ya se prepara usía… ¡Quieta, «jiá»!

Austin Camden, bajando del caballo, murmuró:

—¿Por qué no me despertó antes, señor García?

—Usía tenía fiebre, estaba herido, y dormía sonriente. Hubiera sido enfadoso privarle de sus sueños. Le habría despertado si tuviera pesadilla, pero no la tenía. Y el señor Arthur cuando le dije que yo le buscaría, no me dijo que lo despertase. Diga lo que quiera decirme, sin remilgos.

—He de ir a Asunción. Si usted…

—Si me encontrara a la coronela, que me lo dudo mucho, descuide usía. Pero ¿por qué cree usía que ella marchó sin despedirse? Por eso mismo, porque le daba el pálpito que usía no le permitiría ir sola a riesgos. Y usía ahora, nada puede hacer, créalo.

—Gracias, señor García. Es usted honrado, y posee una inmensa sabiduría bondadosa.

—¡Ajayá, qué bueno! Y habla como cualquier gallego… Ya le vienen a recoger en su barca ruidosa.

—La Compañía Ribaud para tratar con mi casa, nos pedirá que nombremos a alguien que sustituya a Peña. ¿Quién me recomienda usted?

—Que ni pintado está para la tarea, el chico mayor de los Benítez. El mayor. Bernardino Benítez Pastor. Es honrado, sabe de comercios lo que cualquiera de los que más, y le tengo bien conocido.

—Hasta la vista, señor García.

—O adiós, señor. Pero sin olvido, aunque más no volvamos a vernos.

El baqueano se quitó el sombrero, y dando media vuelta, se alejó hacia los cañaverales, seguido por su «Chacarera».

CAPÍTULO X

—… Ésta es la copia del cablegrama, pidiendo la firma de cesión y permiso del Gobierno. Todo conseguido, y hemos considerado las mejores las condiciones de su compañía, Camden. Y ahora que hemos ultimado nuestro convenio, y ha comprobado usted la legitimidad de los sellos, tiene derecho a formular cuantas preguntas desee.

Arthur Ribaud en la cabina del capitán, cedida para la entrevista, sonrió amablemente.

—Mi casa no tenía participación en el compromiso particular contraído por Peña.

—Lo sé. Eran dos asuntos distintos, pero ante la insistencia de Peña, por obtener nuestra madera para ustedes, le hablé de mi amistad con Moyendo. Él podía ganarse un beneficio crecido, y lo intentó. Usted salvó la carga, que ahora pasa a ser propiedad del Gobierno, y será descargada en Pilar, habiendo ya obtenido confirmación de Moyendo, desde Asunción. No es necesario que conste esta incidencia, en nuestra relación comercial, Camden.

—¿Si Moyendo hubiera perdido…?

—No me comprometo nunca por los ineptos. Lo que fue contrabando hasta ayer, es aportación comercial de nuestra casa, al arsenal militar del Gobierno. La madera objeto de nuestro convenio, es ajena a la política.

—Usted ha de saber que por esta misma razón, por ser yo ajeno a políticas, decidí que ella…

Se borró la sonrisa del rostro del inteligente belga. Podía interpretarlo mal aquel pelirrojo que parecía muy tranquilo…

—Era usted muy libre de disponer del futuro de la coronela. Lo que yo quisiera, Camden, es hacerle comprender que tanto Rojas,

como Baumann y Goula, eran bandidos, al igual que Yaguarón.

—Actué en legítima defensa. Y si intervine fué en nombre de Peña, que aseguró al capitán Morier, que no obtendría yo las dos firmas, si el barco no llegaba a destino. Pero no me resigno a creer que ella…

—Me gusta ser ecuánime. Encarnación Baez llamaba oficial del ejército a su difunto, cuando en realidad no era más que un baqueano que formaba en la partida de Yaguarón.

—Ella no es… una aventurera.

—Era fiel a unos afectos, y tiene perdón. La periodista que está camino de Asunción para su reportaje con Moyendo, definió muy bien a la coronela. Una fiera que al quedar sin su macho, perdió…

—Por favor, señor Ribaud, y perdone que le interrumpa, pero las opiniones de Mabel Barley las pongo en tela de juicio. Estaba también convencida que yo era un turbio aventurero. ¿Qué le sucedería a la coronela si la reconocen?

—Varias posibilidades, siendo la más benévola, que la encarcelen a perpetuidad.

—¿Por ser fiel a unos afectos?

—Cuando Yaguarón entraba en alguna aldehuela, hacía decapitar a machetazos a los que eran partidarios de Moyendo. Y ella, estaba a su lado. Tenemos pruebas indiscutibles de que en varias ocasiones ella manejó el machete. No lo puede creer… pero es así. Una mujer sanguinaria, incapaz de amar a nadie, y por la que murieron muchos en riña. Debo reconocer que no era una mujerzuela, y que conservó siempre una fidelidad extraña a su salvaje baqueano. Era como una Juana de Arco para bandidos.

—Habla usted de ella en pasado.

—Tengo un hombre con una emisora-receptora a bordo, en contacto con Moyendo. Exactamente a las siete y cinco minutos esta mañana, Encarnación Baez fué reconocida en la carretera de Santiago a Villarica. La reconocieron unas mujeres, que viajaban en la misma carretela. Y en el puesto de Ypacaray, la denunciaron. Llevaba una pistola, y mató dos soldados… antes de morir acribillada.

Austin Camelen cerró los ojos, y dijo tras un instante:

—Excúseme. El cambio de clima, y la herida… Particularmente, no mencionaré la carga del barco, ni daré a la muerte de Peña, otra

interpretación que la de accidental y particular. Espero que tampoco habrá que mencionar mi herida, ni mi participación en todo esto…

—Comprendo perfectamente que usted actuó por las circunstancias.

—Vine a obtener estos contratos, estas firmas… Mi misión ha terminado. Y plenamente complacido por la rapidez y eficiencia con la que usted se ha anticipado a facilitarme todo.

—Un humorismo admirable el suyo, Camden.

—¡No es humorismo, no es…! Perdone, señor Ribaud. No estoy normal, y me apasiono…

—Su herida no es grave, me ha asegurado Morier.

—No lo es. Desde Pilar, ¿cómo puedo regresar a Lujan, lo antes posible?

—Yo mismo le acompañaré hasta Posadas en la golondrina de las diez, y allá en tren, que sale cada media hora, llegará para almorzar en Luján.

—Iré a arreglarme.

Le acompañó Ribaud hasta el pasillo, de cuyo suelo habían desaparecido las manchas de sangre…

Entró Camden en su camarote, y dejó la cartera manchada de halos verdes, sobre la litera.

Con prudencia podía emplear la mano derecha. No era grave su herida. Apenas un botón de fuego.

Se pasó la zurda por la cara, contraídos los labios…

Tenía que imponerse una disciplina. Todo había sido una pesadilla o un hermoso sueño… pero irreal. La única verdad era que aquella cartera manchada, contenía las firmas que había venido a ganar.

Desnudo, procedió a friccionarse después de la ducha. Era sano aquel olor a antiséptico.

Sólo un hombre había acertado a conocerle en aquel viaje: Rojas, llamándole «oficinista»… y lo había matado.

—En legítima defensa —arguyo al espejo.

Poco después subía a cubierta, y Albert Morier mandaba a buscar las dos maletas.

—¿Conque nos deja ya, Camden?

—Tengo que regresar a mis obligaciones. Les deseo buen viaje.

—Lo mismo, lo mismo. —Dijo, desconcertado, el belga.

Y cuando le vió trasladarse por el muelle hacia la barcaza que le llevaría a Posadas, dijo Albert Morier:

—¿Qué clase de fenómeno es este Camden, Gerard?

—Seguro que ni él mismo lo sabe, Albert. Frío como un pez, y de pronto, llamarada volcánica.

* * *

En el compartimiento de primera, Arthur Ribaud se despidió.

—He felicitado por radiograma a su casa, asegurándoles que era usted el hombre más apto para llevar rápidamente a buen fin nuestra negociación. Le deseo un buen regreso a su hogar, señor Camden.

—Gracias por su amabilidad, y hago votos para que nuestra relación se prorrogue indefinidamente, señor Ribaud.

Poco después, el tren arrancaba hacia el sur.

La cartera vacía, pero manchada por su permanencia sobre el musgo, el sombrero pajizo, la sahariana… Contempló un hilo negro que anudado formaba brazalete en su muñeca izquierda…

Creyó oír de nuevo la voz susurrando:

«Es aquí donde el corazón hace latir la pasión intensamente. Has de conservar siempre este recuerdo mío».

Un simple hilo de seda arrancado de un chal negro… ¿Por qué no lo había desanudado antes?

Lo deshizo con lentitud. Había otras palabras también, nunca oídas, salvajes de apasionamiento…

Las había pronunciado haciéndose eco de las que ella…

Tiró el hilo por la ventanilla abierta. El hilo negro volvió a acariciar su rostro. Lo cogió enroscándolo, y lo dejó caer por fuera.

Tenía que haber calculado que un frágil hilo contra el viento no haría sino volver…

El viajero que bajó en Lujan, y en un taxi, se dirigió a la capital, tenía la serena frialdad de un hombre metódico.

Consultó la tarifa cuando bajó frente al hotel, anexo al aeródromo.

Consultó su reloj, al escribir el radiograma dirigido a
«Wilcott & Smith».

«Obtenidas Firmas Requeridas Emprendo Regreso. *STOP*. Respetuosos Saludos. Camden».

Permaneció unos instantes pensativo ante la segunda hojilla: era un despilfarro sobrepasar las diez palabras.

Escribió la dirección:

«Ada Templeton».

Lake Avenue, 17. Seattle (Wsh)».

«Cumplida Mision. Emprendo Regreso. *STOP*. Cariñosamente

AUSTIN».

No quedaba más por hacer, sino esperar que el altavoz avisara el momento de pasar al avión rumbo a Río Janeiro.

Era preciso cuanto antes volver al sano clima de Seattle. Era necesario, era su obligación, ahuyentar todo recuerdo, de aquel viaje tan breve.

Le quedaba aún media hora, y el servicio médico del aeródromo sería eficiente. Una dosis de penicilina, renovar el apósito, y un febrífugo, barrerían los restos de anormalidad.

Una herida muy leve, aunque pudo ser grave, opinó el médico. Parecía producida por una bala… Un accidente de caza, mintió Camden.

Durmió sin dificultad, gracias al sedante. Ya no existían las imágenes de la pesadilla a bordo, ni del hermoso, pero salvaje desvarío en espera de un amanecer…

En la escala de Miami, consiguió periódicos de California, aunque no los de Seattle que pidió.

Buscó las columnas financieras, y sobrevolaba el avión la cuenca del Missouri, cuando encontró un breve reportaje.

«Seattle, 13. Convicto y Confeso, el Joven Murray Declara:

»Blair Murray, el joven pintor de Oakland, de cuya

> captura informamos en nuestra última edición, ha declarado que mató a Eleanor Holmes, por negarse ésta a cumplir su promesa de casarse con él. Declara Blair Murray que nunca pensó en matar, pero ante las burlas y negativas de la que consideraba su prometida, perdió el dominio de sí mismo…».

No siguió leyendo Camden.

¿Acaso Elmer Smith mantuvo relaciones con Eleanor Holmes?

Ahuyentó de su mente aquel peligroso meditar, sumergiéndose de nuevo en la lectura de los movimientos bursátiles.

En las horas que le quedaban para terminar el viaje, podía preparar su informe comercial, arrancadas ya las hojas de los dos diarios, en las que había escrito a bordo de aquel barco remontando un río, por entre riberas lejanas…

> «A mi llegada a Lujan, fui informado de la muerte accidental de Norberto Peña, nuestro corresponsal en Asunción, para quien me ha sido recomendado en sustitución Bernardino Benítez Pastor, persona de confianza de los señores Ribaud.
>
> »A bordo, el capitán Morier me informó de que la situación política en Paraguay estaba levemente confusa. Llegamos sin novedad a la frontera, en la que me entrevisté con el enviado de los señores Ribaud, hablando inmediatamente con el señor Arthur Ribaud, que me entregó toda la documentación requerida, perfectamente en regla, y superando mis esperanzas.
>
> »Sin otra novedad».

Éste era el módulo conciso sobre el que se basaría.

* * *

—… y ésta es toda la historia, Ada. Era mi deber contártelo. Me

hubiera parecido poco leal callarlo.

Ada Templeton permaneció unos instantes pensativa. Miró a los que salían y entraban en el salón de té. Necesitaba encontrar palabras normales, en aquel ambiente normal.

—¿Estás seguro que no fué delirio de fiebre, Austin?

—Creo que no, querida —sonrió él—. Fué la revelación de que soy peligroso, y no lo sabía.

—Pero… aunque fuera por unas horas, tú quisiste a Encarnación…

—No te he dicho todo.

Suspiró ella, asustada. Dijo:

—¿Hay más en tan poco tiempo, Austin?

—Como te he dicho, yo sólo besé a Encarnación. ¿Y sabes lo que recordé cuando estaba en el avión al regreso?

—Trataré de demostrar que soy una mujer ecuánime. No chillaré enojada, Austin.

—En el tiempo en que Encarnación y yo estuvimos solos, fué cuando pensé constantemente en ti, y fué tu nombre el que constantemente pronuncié… Delirio, pero ahora, lucidez, Ada.

—Corramos, Austin, antes que cierre su oficina el juez. Tienes quince días de vacaciones.

* * *

El décimo día de luna de miel en Palm Beach, tostándose al sol, Austin Camden reptó por la arena, cuando bajo el parasol, protector, se tendió su esposa.

La besó con tanta pasión, que ella cuando se libró del beso, dijo entrecortadamente:

—Nunca, nunca más volverás a Sudamérica, Austin.

—¿Por qué, mi vida?

—En tu ausencia, pasé horas eternas de angustia. Ahora… pasaría siglos de tortura. Eres peligroso, Austin. Todos te creen un hombre de hielo, y…

Cuando pudo volver a hablar, dijo:

—La gente puede mirarnos, Austin.

—Es mi luna de miel, ¿no?

—Nuestra luna de miel, Austin. Y… ¿seguro, que ya no piensas

más en… el barco de Brujas?

—Fue un delirio pasajero. Tú eres mi delirio presente, futuro y eterno —recitó él, fervientemente.

FIN



Pedro Víctor Debrigode Dugi
(1914-1982)
es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los año setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por

distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmo sus obras como P.
V. De
brigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, V. Debrigaw, y Vic Peterson.

Ultimas novedades de
EDITORIAL BRUGUERA